

Nº34 Enero 2025

Especial relato 1

**Una sonrisa para los autores
en este Año Nuevo**



En este número

VIAJE HASTA EL ENCUENTRO

ADELA SALE DEL TRABAJO TODOS LOS DÍAS A LAS 6AM. CAMINA CUATRO CUADRAS HASTA LA PARADA, Y ESPERA UNOS DIEZ MINUTOS EL ÓMNIBUS, QUE, A ESA HORA, AÚN TIENE ASIENTOS LIBRES. LOS ZAPATOS ALTOS NO SON CÓMODOS, LE DUELEN LAS PANTORRILLAS Y LOS PIES, ASÍ QUE SE ESTIRA UN POCO EN EL ASIENTO, Y SE PREPARA PARA DORMITAR MEDIA HORA, EN EL ASIENTO DEL FONDO. PERCIBE QUE ALGUIEN LA MIRA, ES EL TIPO DE

SIEMPRE, QUE DEBE SALIR A LA MISMA HORA DE TRABAJAR. ADELA SIENTE MIEDO, POR ESE O POR CUALQUIERA QUE TENGA UNA ACTITUD SOSPECHOSA. TAMBIÉN ESTÁ MUY CANSADA, ASÍ QUE SIGUE CON LOS OJOS CERRADOS. LLEGA A SU PARADA, YA NO QUEDA GENTE SENTADA A SU ALREDEDOR. DESCENDE Y MIRA PARA TODOS LADOS; SE ALIVIA AL VER QUE NO HAY PELIGRO. SACA LA LLAVE DEL

BOLSO Y ENTRA A SU CASA. SE QUITA LOS ZAPATOS Y LAS CARAVANAS. UNAS TOALLAS AYUDAN A BARRER EL MAQUILLAJE. VA AL BAÑO, SE QUITA LA AJUSTADA ROPA DEL TRABAJO Y SE SUMERGE EN UNA DUCHA LARGA, TIBIA, CON MUCHA ESPUMA Y AROMAS INTENSOS. SE SECA DESPACIO, SE PEINA. LLENA SUS MANOS DE CREMA, SE RECORRE. SUBE SU ROPA INTERIOR DELICADA, Y NO USA BRASIER. SE ENVUELVE EN UN SACO TEJIDO POR ELLA MISMA Y SE DIRIGE AL DORMITORIO. EN EL CAMINO, SE DESPOJA DE CADA UNA DE LAS MIRADAS QUE LA TOCARON, TAMBIÉN LA DEL TIPO DE SIEMPRE.

¡AL FIN SOLAS!, EXCLAMA. CUANDO TODOS SALEN DE SU CASA, ADELA LLEGA AL ENCUENTRO TAN ESPERADO, CON SU PROPIA INTIMIDAD.

Victoria Ache





El sendero

Marta Ortiz Belda

A mi hermana y a mi nos gustaba ir de senderismo. Cuando éramos pequeños solíamos ir a pasear por el río que pasaba cerca de nuestro pueblo. Nos podíamos pasar horas y horas simplemente caminando, disfrutando de la compañía del otro. Con el tiempo, el senderismo se convirtió en una excusa para vernos regularmente. Al principio eran pequeñas rutas cerca de Valencia, pero poco a poco fuimos ganando experiencia y las rutas eran más largas y más lejos de casa. Decidimos que todos los años haríamos un viaje juntos a alguna ruta famosilla

de Europa y así poder pasar unos días juntos. Solíamos ir los dos solos, alguna vez se unía la pareja de turno, pero no solían repetir la experiencia. A nosotros no nos importaba, nos bastaba con un largo camino que pasear y la mutua compañía. Hablábamos de todo y de nada a la vez, de la universidad, de papá y mamá, del curro. Con ella parecía que los temas de conversación eran infinitos.

El año pasado decidimos ir a los Picos de Europa. Ya habíamos ido antes, pero a Isabel le encantaban e insistió bastante en que quería volver. Tenía 24 años y yo 22, acababa de terminar la carrera y no sabía muy bien qué hacer con mi vida. Sonia, mi novia, y mi hermana me aconsejaban que hiciera el máster de profesorado, era la salida fácil, pero a mi no me convencía la idea. Isabel por su parte siempre lo tuvo muy claro. Al terminar el bachiller con unas notas nada envidiables, optó por meterse a magisterio. Mi abuela fue maestra y mi madre también, así que parecía la opción correcta. Terminó la carrera, opositó y enseguida se puso a trabajar en un colegio. En general parecía que todo le había salido con bastante facilidad, como si su destino estuviera escrito y ella pudiera ir con la conciencia tranquila, de saber que no podía hacer nada para cambiarlo.

A veces envidiaba su vida estable y planificada, con su trabajo fijo, un novio con el que se iba a casar en octubre y una casa con terraza. Ella aceptaba su destino y parecía bastante feliz, o eso creía. En ese momento no percibí ninguna señal, nada que me indicara lo que iba a hacer después. Cuando hablábamos por teléfono parecía tranquila, hablaba como siempre. Nunca noté un titubeo o un cambio en el tono de su voz.

Nos hospedamos en el hostel de siempre "Hostal la estrella". Lo regentaba Manolí, una mujer entrañable que cocinaba de vicio. El precio era bastante económico, y aunque no tenía las mejores instalaciones la comida de Manol lo compensaba todo.

La noche anterior solíamos preparar la ruta del día siguiente. Recuerdo observar el mapa en la cama mientras Isabel fumaba un cigarro en la ventana. Si tuviera que destacar algo de aquella noche fue lo insistente que fue para que visitáramos el Santuario de Covadonga. Siempre que íbamos a los Picos de Europa solíamos subir pero no entendía por qué tanto empeño en ir el primer día. Había otras rutas que me interesaban más, pero al final cedí, era tarde y no me apetecía discutir. Mi hermana era de ideas fijas y hacerla cambiar de parecer no era fácil. Yo prefería dejarme llevar. Ese era uno de los motivos por los que nos llevábamos tan bien. A Isabel le gustaba tener el control y a mi me gustaba no tener que tomar el mando.

Al día siguiente madrugamos, nos comimos un abundante desayuno y nos fuimos. Durante años he repetido esa escena en mi cabeza en busca de algo extraño, algún comportamiento raro en ella, pero siempre llego a la misma conclusión. Se comió unas tostadas, avisó a su pareja que nos íbamos y cogió su mochila, nada fuera de lo normal.

La verdad es que el Santuario es impresionante. Una fina niebla cubría el paisaje mientras los primeros rayos de luz se filtraban entre las montañas. Al llegar a arriba del todo, me faltaba un poco el aliento. La falta de aire junto con la intensa luz de la mañana daban una imagen imponente del edificio. Estaba absorto mirando el paisaje cuando de repente me dijo:

-Jaume, me quedo.

-Si acabamos de llegar, todavía no tenía pensado bajar.-Le dije. No entendía muy bien qué es lo que quería decir.

-No es eso Jaume-me miró directamente a los ojos como si intentara decirme a través de ellos lo que quería decir-que me quedo aquí Jaume, con las monjas.

Sabía que en el Santuario vivían monjas pero por nada en el mundo pensaba que Isabel quisiera unirse a ellas. Nuestros padres no eran especialmente religiosos, habíamos tomado la comunión porque a nuestros abuelos les hacía ilusión y nosotros queríamos los regalos. Desde entonces no habíamos vuelto a misa y si entrábamos a una iglesia era más bien por el interés artístico. No entendía nada, por qué, por qué abandonarlo a todo sin previo aviso, de dónde venía ese fervor religioso.

Eran tantas las preguntas que se agolpaban en mi cabeza que no supe qué decir y simplemente me quedé mirándola fijamente.

-¿Te quedas?

-Te quiero Jaume-me miró a los ojos y me abrazó todo lo fuerte que pudo como si quisiera dejar ese abrazo impreso en mi cuerpo.-Por favor díselo a papá y a mamá y díles que les quiero mucho.

No me dió tiempo a reaccionar, cuando por fin me salió la voz mi hermana ya había emprendido su camino hacia el Santuario. Mi cerebro era incapaz de procesarlo. Siempre nos habíamos entendido a la perfección, con tan solo mirarnos sabíamos lo que estaba pensando el otro. Desde el día que nació mi hermana se puso a mi lado como si fuera mi sombra,

dispuesta a acompañarme y a ayudarme. Pero algo había cambiado en ella, y ese algo no le dejaba continuar a mi lado. Durante toda mi vida mi hermana había estado presente e imaginar cómo iba a funcionar sin ella me era imposible. Me habían amputado la pierna y ahora tenía que volver a aprender a caminar sin ella.

Decidí volver a casa esa misma tarde, por mucho que intentara buscar a Isabel y hacerla cambiar de opinión no iba a conseguirlo. Lo sabía, la decisión ya estaba tomada. Durante todo el trayecto me sumí en una especie de sueño febril en el que todo avanzaba pero yo estaba paralizado, con el piloto automático. Lo que más rabia me daba era el hecho de no entender por qué lo había hecho, por qué me había abandonado de esa forma.

Llegar a casa y explicárselo a mis padres fue la peor parte. Ninguno de los dos lo entendía y ese estado de confusión se extendió con una plaga por toda mi casa. La noticia se corrió como la pólvora y todos me hacían la misma pregunta, yo iba con ella, debería de haber notado algo. Si tan cercanos éramos, por qué no me había contado nada. Mi respuesta era siempre la misma, a modo de broma, para quitarle un poco de hierro al asunto, decía que los caminos del señor son inescrutables y me encogía de hombros.

El tiempo pasaba y la imagen de mi hermana se iba tornando más difusa. Mi madre había dejado de hablar en plural al referirse a sus hijos y todos comenzábamos a olvidar su voz. Hace poco a mi padre se le ocurrió la idea de ir al Santuario para intentar buscarla. Sonia me dijo que era abrir una herida que comenzaba a cicatrizar, pero la curiosidad y las ganas de volver a verla tenían más peso en nuestras cabezas que cualquier idea racional.

Una vez allí nos pareció verla de lejos durante el oficio. Estábamos sentados al fondo y ella en uno de los primeros bancos. Tan solo vimos su perfil pero estábamos convencidos de que era ella, o al menos queríamos estarlo. En aquella inmensa sala, rodeada de un intenso olor a incienso, me despedí de mi hermana. Acepté que esa era su decisión y que no podía hacer nada para cambiarla o intentar comprenderla. Me obligué a olvidar todas las preguntas sin respuesta y dejarla allí, en el Santuario, si eso era lo que le hacía feliz. Creo que nunca entenderé los motivos que la llevaron a tomar ese camino pero tampoco puedo quedarme atrapado en ese laberinto sin salida. Al final del viaje me dí cuenta que la forma de seguir adelante era tan sencilla como amarla.

Con voz de Mujer

Visite la web del editor escritordaniel.es

Editorial

Señalando el tiempo

Comienza un año nuevo y parece que uno debería tener nuevos propósitos, solo por el hecho de la fecha. El ser humano necesita señalar el tiempo en que acontecen las cosas aunque lo único que acontezca sea el inicio de otra vuelta al sol. Enero y septiembre suelen ser las fechas de los inicios de año, donde uno se promete a sí mismo y a los demás si los hay nuevos objetivos y proyectos para el año que empieza.

Alcanzar metas también es una forma de señalar al tiempo, como algo más feliz que cuando no se alcanzan y hemos de hacer autocrítica. Pero en el fondo depende básicamente de nuestra acción la oportunidad de esos señalamientos.



Luego para cumplir ya son normalmente otras las circunstancias que acontezcan. Otra forma de señalar el tiempo y su discurrir son las estaciones, con sus diferencias climáticas. Y otra son las vacaciones, pequeños tiempos en que podemos ser más uno mismo por el hecho de descansar de la productividad y priorizar el descanso. Hay objetivos que están al alcance y otros demasiado ideales o que están poco al alcance; y los hay que están al alcance de solo unos pocos: nuestros queridos dioses, por esa necesidad, muy relacionada con el hecho de marcar el tiempo, de mitificar casi todo el rato a otras personas o ideas o eventos.

La toma de conciencia respecto a lo realistas que sean nuestro objetivos y proyectos son la mejor guía (no infalible) para llegar a alcanzarlos y poder estar contentos. Con tentos como para celebrar una fiesta, la más humana forma de señalar el tiempo.

Fotografía: el editor daniel Collado por Cristiane Ventre

Revista de creación literaria y gráfica CAMINANTE

Nº34 enero 2025

Depósito legal: M-28293-2019 ISSN 2952-1378 Caminante (Madrid) Edición mensual

en papel de 20 ejemplares de 44 páginas
a todo color. Precio: 8 euros

Distribución gratuita via email a los 5
continentes, previa solicitud. 600 lectores
directos,

3200 seguidores en facebook

La Revista Caminante

no se hace responsable de las opiniones y
redacciones de los autores que la
componen. La participación es libre y no
remunerada. Los textos e imágenes
enviados están sujetos al criterio del editor. El



ME CANSÉ DE SER UN POETA

Jaime Rodríguez Maté

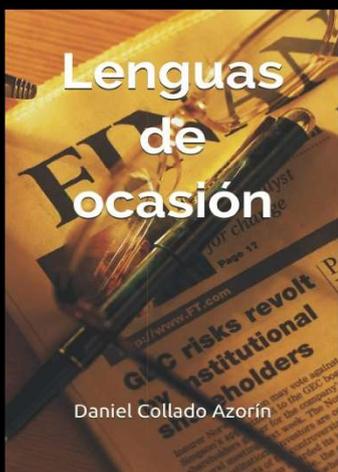
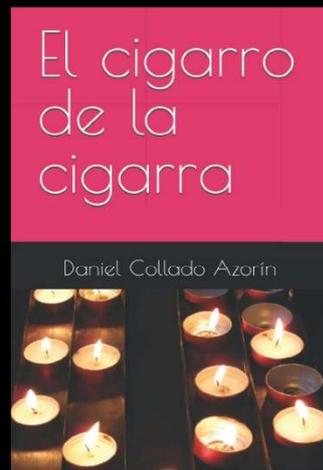
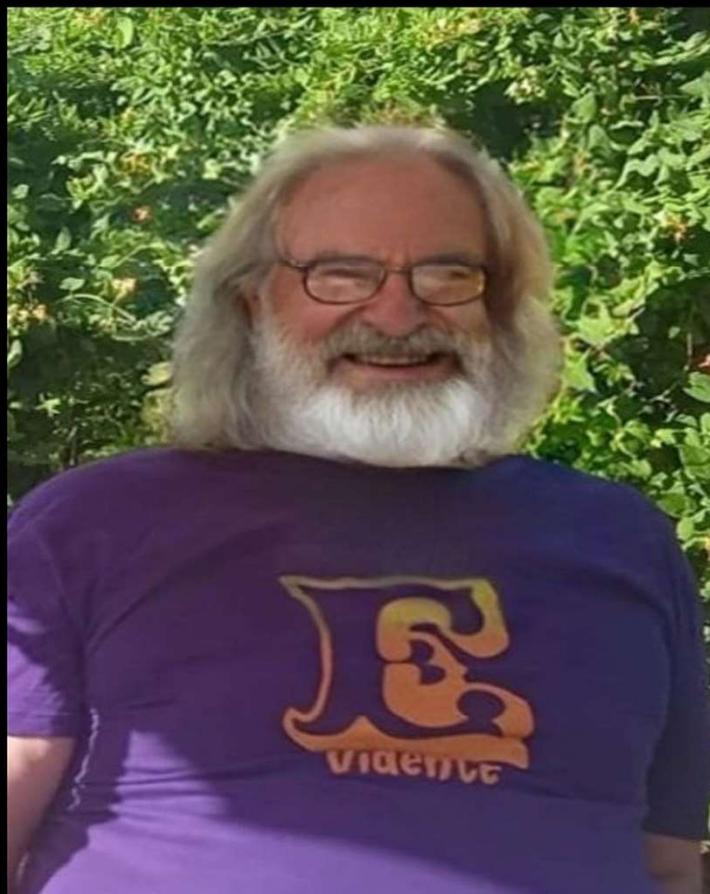
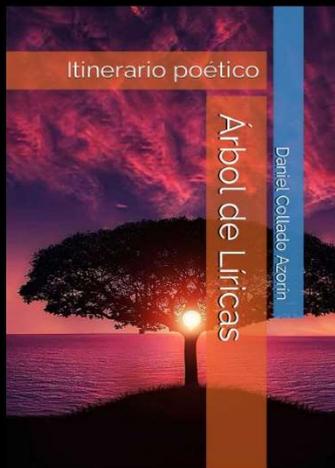
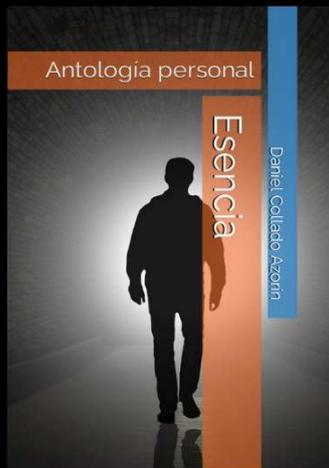
Me cansé de ser un poeta pobre.
Todos los que descendimos la senda
lírica, hoy somos corazas salobres
de barcas lanzadas a islas tremendas.

Los picos de los escollos han hecho
trozos y trizas nuestras juventudes
bellas. Los cangreiales han deshecho
los cuerpos secos de nuestras
virtudes.

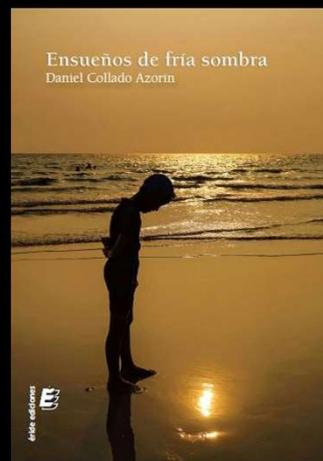
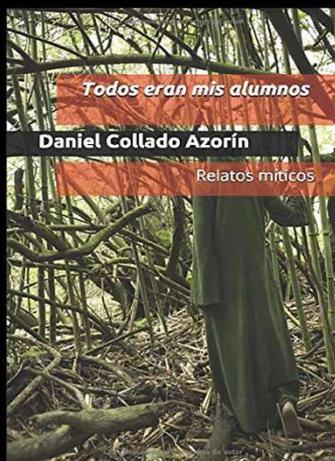
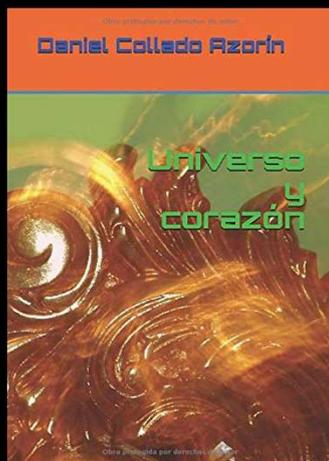
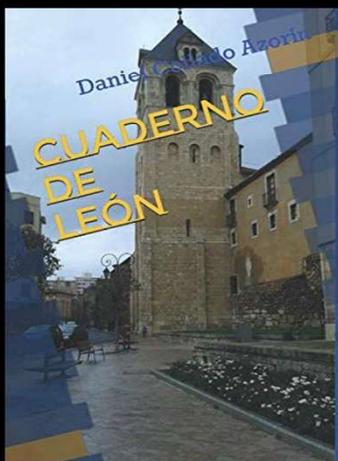
La embriaguez del mar, que nos prometía
la aventura, ha revelado ser bruma
que cubría el mar de una cordillera

de tormentas. El amor al Magno Arte
no es amor cuando desuella y esfuma
tu carne. Eso es sólo hambre entre panteras





escritordaniel.es



Todo está por terminar

(II) **Elena Bravo Delgado**



Recuerdo marearme un poco en el trayecto, no sé si de verdad o un poco predispuesta por la queja habitual de mi madre cada vez que íbamos al pueblo. He de decir, que ella pocas veces nos acompañaba, de hecho, aún conservo una fotografía delante de la puerta principal de la casa de mis abuelos, en la que se puede observar que, visto una zapatilla de cada modelo, prueba más que fehaciente de que mi madre no había acudido ese día. Me había mareado en el viaje y había vomitado, y mi padre, como hombre práctico, únicamente me había cambiado la zapatilla que se había manchado. Aún nos reímos hasta el llanto cada vez que hablamos de esa foto y de ese día. Aquello era toda una aventura para mí. Íbamos mi padre y yo, en el taxi que servía de sustento a mi familia, pero ese día fuera de servicio; por carretera nacional, aquellas carreteras de hace más de 25 años... escribiendo estás líneas soy otra vez más, consciente, muy habitualmente en los últimos tiempos, de lo rápido que transitan los años...

¿Género?

Markos Manchado Mateos



Como buen analista, las cifras eran lo suyo. A Mario no había fichero que se le resistiese. Después de comer, tenía cita con Alex. Mario conocía el protocolo como si fuera él mismo el que lo hubiese creado. No había detalle que se le resistiera. Pero el género de Alex no era ni masculino, ni femenino. Y la cuadrátula no estaba preparada para esa especificidad. El sistema mostraba un fallo al no poder incluir en él a todo el mundo y había que buscar una solución para enmendarlo. A

Mario le gustaban los retos. Ante el evidente desasosiego y hartazgo de Alex, Mario, en tono bromista y para desdramatizar el asunto, le dijo que el fichero estaba un tanto anticuado y que era como el juego del “ni sí, ni no, ni blanco, ni negro”. Pero que no se preocupara, ya que él encontraría una solución no binaria para aquel entuerto. Alex sonrió ante las palabras de Mario. Tener frente a sí a alguien que comprendía que el problema no era suyo, sino de un sistema incompleto que había que actualizar, le mostró que no todo estaba perdido.

El encantador de abejas

Daniel Castelo, Uruguay

Hace años que no visito a un enfermo en el hospital. En parte porque en mi familia somos como las abejas, acostumbrados a morir trabajando hasta el último día y acarreamos nuestras enfermedades a cuestas, sin dar muchas señales ni avisos previos, y hasta el momento, vaya uno a saber porque, hemos tenido suerte con las fatalidades.

Al entrar a la habitación me pongo las manos detrás de la espalda, como si estuviera entrando a una iglesia. Se nota que mi tío es casi una celebridad, porque le han permitido cambiar la habitación a su antojo y suena bien bajito un tocadiscos con música de los Beatles: el “Encantador de abejas” es fanático de la música de los sesenta.

En una mesita hay toda una colección de sus objetos preciados, uno de sus libros, la medalla que ganó en la feria de Madrid, una foto suya dando una charla y una vela prendida, casi como si se estuviera rezando a sí mismo. Abro el libro en cualquier parte y leo “Solamente siete, de las más de 20,000 especies de abejas, producen miel...”. Voy al final y leo “Si la abeja reina muere, las obreras crearán una nueva reina escogiendo una larva joven”. Lo cierro sin ningún interés y me quedo mirando la foto de la contratapa.

En mi familia nadie habla de lo que ha pasado. Todo el mundo se mueve con un pudor que a mí me pone nervioso y es bien de pueblo chico. Lo más raro de todo, es que mi tío no ha querido hablar con nadie, ni siquiera con sus mejores amigos o sus hermanos, y me ha mandado a buscar a mí para decirme “algo importante”, lo que va a darme un protagonismo que no me interesa en absoluto en este pueblo con más orejas que gente.

—Tío...Acá estoy... ¿Qué pasó?

—¿Te acordás cuando de chico me acompañabas a todos lados? Eras como un hijo para mí...estaba seguro de que seríamos un equipo, de que estabas aprendiendo el oficio, de que la familia era como un bosque fuerte y duradero...

—¿Qué pasó? —vuelvo a repetirle tomándole la mano.

—Me atacaron

—¿Quiénes?

—Las abejas... —me dice bajando la cabeza avergonzado.

—¿Las abejas? —pregunto yo incrédulo. Me picaron de un segundo para otro. Lejos de las colmenas, lo que es más raro aún. Vos sabes que yo uso poca protección, porque con los bichos tengo una atracción especial, pero no tiene sentido que me picaran cerca del camino. Me trepé al auto como pude, pero terminé desbarrancando en el puente. Puta mala suerte —me dice mostrándome su cuerpo como si ya no le perteneciera.

—Pero... ¿por qué?

—Por algo habrá sido. La naturaleza es sabia. Capaz que se dieron cuenta que el trato ya no era justo, o quizás no tenga el mismo encanto que antes...

—No es así. Son animales. Algo las habrá asustado.

—No importa. Nadie me quita los años junto a ellas y todo lo que me enseñaron... —dice mi tío tratando de sacar sus últimas reservas de entusiasmo.

—Claro —le digo con miedo de los caminos que pueda tomar la conversación.

—Tengo que pedirte algo —me dice apretando mi mano fuerte, como si fuera un código ancestral que nadie me ha enseñado antes.

—Lo que quieras tío —digo tratando de mentir con mi cara.

—Quiero que seas vos el que siga con mi legado. Te quiero heredar todo. Que te encargues de las colmenas, de los campos, de la planta, de la marca. De todo.

—Gracias tío. Pero...

—Estoy seguro que vos también tenés el encanto... —me lanza enérgico para impedir que piense.

—¿Que?

—Estoy seguro que vos sos un encantador de abejas y yo te puedo enseñar...

—¿Para qué quiero tener el encanto? Las abejas te picaron y por eso estás acá...

—No digas eso. Las abejas nos dieron miel todos estos años y trabajamos juntos. La mejor miel de todo el departamento y de todo el país. ¿No te das cuenta de eso?

—No me gusta la miel. Ni tampoco las abejas —le digo serio.

En ese preciso instante una abeja aparece volando frente mío sin esfuerzo, como si estuviera flotando en el aire. No me pongo nervioso. Simplemente me quedo mirándola fijo y por un segundo me imagino volando frente a ella. Desde que soy niño las abejas son parientes lejanos y mudos, igual de tercos y responsables que los miembros de mi familia.

La abeja se acerca a mi brazo y me quedo inmóvil mientras me pica como una enfermera haciendo su trabajo. No recuerdo que una abeja me haya picado antes, pero la escena me hipnotiza y me quita el miedo. Acto seguido, la abeja parece caer al piso, pero en realidad es como si desapareciera en el éter. Levanto la vista y veo a mi tío fascinado, sonriendo como un niño que espera mi reacción.

Como si fuera un deja vu, un segundo después otra abeja idéntica vuelve a mirarme con su porte marcial y me pica en el cuello. No lanzo quejido alguno, me quedo estoico en mi lugar, pensando que lo que suceda en los próximos segundos será la materia prima de mi futuro. Mi tío está en éxtasis y veo que sus ojos recuperan la salud. Sin pensarlo me doy vuelta para abandonar la habitación, cuando otra abeja más grande se posa frente a mi entrecejo como una bala suspendida en el aire.

—En nuestra familia somos como abejas. Hemos crecido con ellas y estamos acostumbrados a producir la mejor miel. Vos podés ser el nuevo encantador de abejas. ¿Qué decís? —me dice con un entusiasmo falso y exagerado que es solo un disfraz para la amenaza latente.

Yo miro la abeja como si tuviera un tamaño descomunal, deformada por la proximidad y el movimiento bizco de mis ojos. Pienso en la miel robada o comprada, en la necesidad de producir y producir de mi familia y en el trabajo acumulado en miles de tarros que se han vendido por todo el país.

Pienso en cómo hablar con ellas y me concentro en el batir de sus alas, en un rostro de roca y su lenguaje con una única palabra: trabajar. “Quiero ofrecerles un trato justo. No quiero tener su miel ni su trabajo. Me encargaré de que tengan lo mínimo indispensable y que todo sea como antes. Como mucho tiempo antes...” les digo en un estado de concentración absoluto, con la intuición de que son capaces de escuchar mi pensamiento.

En el acto me doy cuenta que una conexión se ha establecido. Una nube de abejas se forma a mi alrededor, como si fueran clones de la enviada original, mientras la risa de mi tío es la de un niño que disfruta una función de circo.

Todo, sin embargo, tiene un desenlace inesperado. Mi mente se mueve rápido y ensaya un final distinto para todo esto. Un final que las abejas acatan sin dudar. En el acto la nube de abejas se dirige a la cama de mi tío y comienzan a picarlo sin piedad. Imagino que mi tío va a gritar de dolor, pero para mi sorpresa escucho que balbucea “lo sabía, sabía que podías”, antes de lanzar un suspiro que me parece eterno.

Es increíble, pero en el momento que todo termina, siento el sabor de la miel en mi boca y por primera vez en mi vida, me parece un elixir único que llega a cada parte de mi cuerpo. En ese momento el tocadiscos comienza a reproducir una canción de los Beatles que no había escuchado antes.

Mi tío reposa en la cama con una sonrisa apacible que es como una flor en medio de su rostro irreconocible. Parece un monje que ha alcanzado el nirvana. “Maldita miel” digo en voz baja, mientras apago la vela encendida sobre el altar. Luego me despido sin saber si pedirle disculpas, perdonarlo, o ambas, y salgo rápido del hospital con la promesa de no pisarlo nunca más en vida.

Al salir a la calle siento el zumbido de las abejas que no tiene un único origen y solo atino a caminar hasta alejarme a toda costa como si fuera un prófugo de la justicia. Luego entro a un terreno baldío y me escondo entre unas acacias para cumplir mi parte del trato. Unos minutos después, la abeja reina se posa frente a mi entrecejo y sellamos el arreglo: mi miel no será más su miel. Ellas se alejan y yo me sonrío en soledad, pensando en mi mundo de infinitas posibilidades.

EL CRISANTEMO

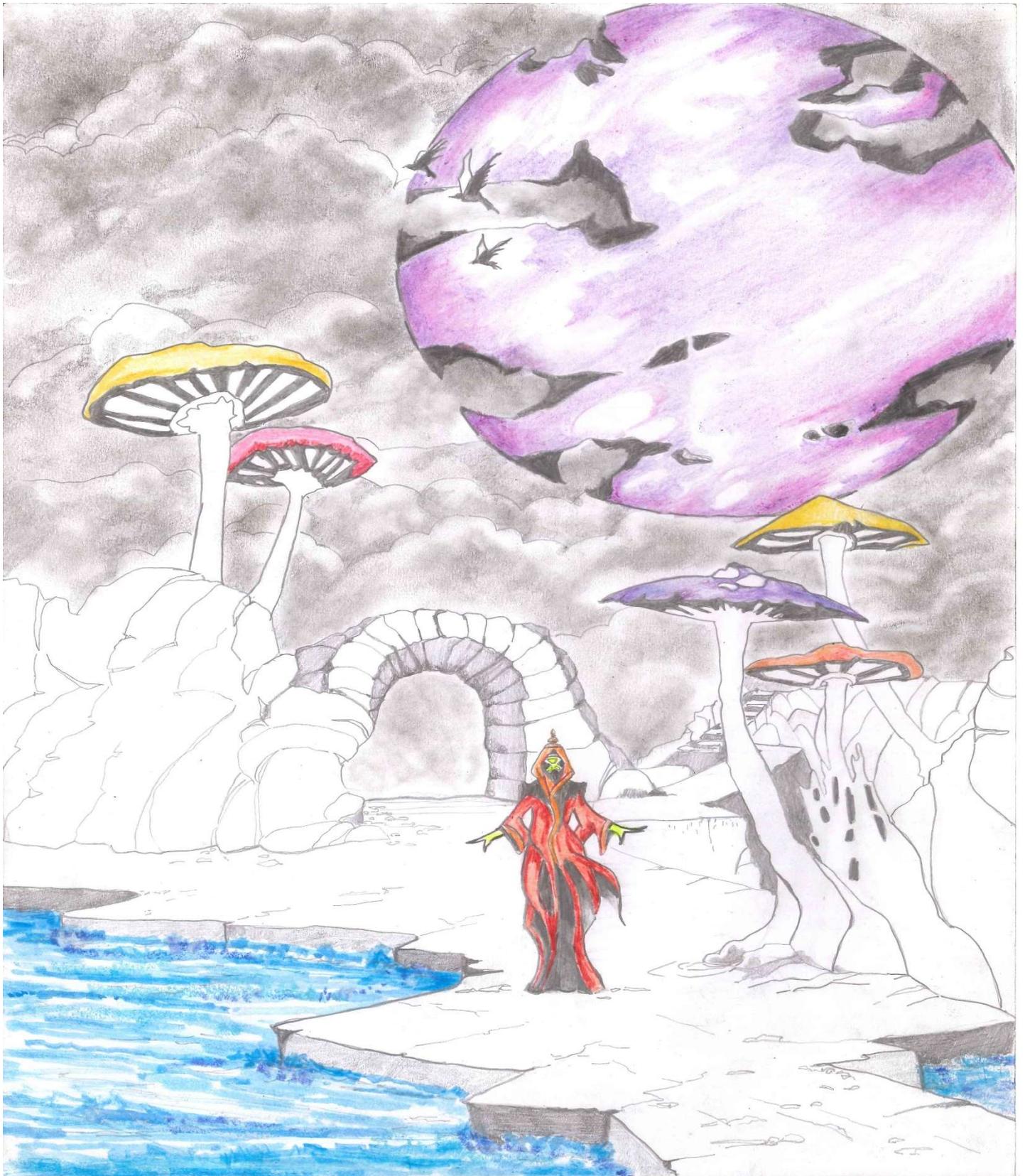
Daniel Ortíz Mata

Todo comenzó en una aldea, cerca de Edo. Una de tantas, una de esas donde está mejor visto callar que protestar, donde la aceptación silencio del sino se antoja como un don divino y la rebeldía supone el peor de los pecados. Una aldea pequeña, donde todos nos conocíamos. Desde bien pequeña estuve acostumbrada a que mi padre, agricultor laborioso y beodo empedernido, pagara su mala fortuna con mi madre. Los sueños rotos, la faz chamuscada por el sol y la espalda curvada por tantas horas recogiendo arroz, agriaron su carácter. Lo convirtieron en un monstruo, o puede que siempre lo hubiese sido. Cada noche un nuevo golpe, un nuevo insulto aprendido entre compañeros igual de perversos. Mi madre aprendió a ahogar sus gritos, a silenciarlos, para no despertarme, para no asustarme. Para que no supiese quien era mi padre. Ella lo soportó todo, estoica y cabizbaja, con tal de no perjudicarme.

El paso de los años y las cicatrices de mi madre fueron demasiado una noche de Obón. Aquel día, aproveché que los muertos regresan a la vida para abrazarla con fuerza, antes de abandonar la aldea.

Me convertí en un monstruo. En un espíritu justiciero. En el crisantemo. Pueblo por pueblo. Casa por casa. Fui la voz que dio alas a los gemidos de las indefensas, a los rugidos de las caídas. Viviré perseguida. Tan solo me congratula saber que las manos ya no se alzan con la misma virulencia, que las lágrimas no inundan los tatamis.

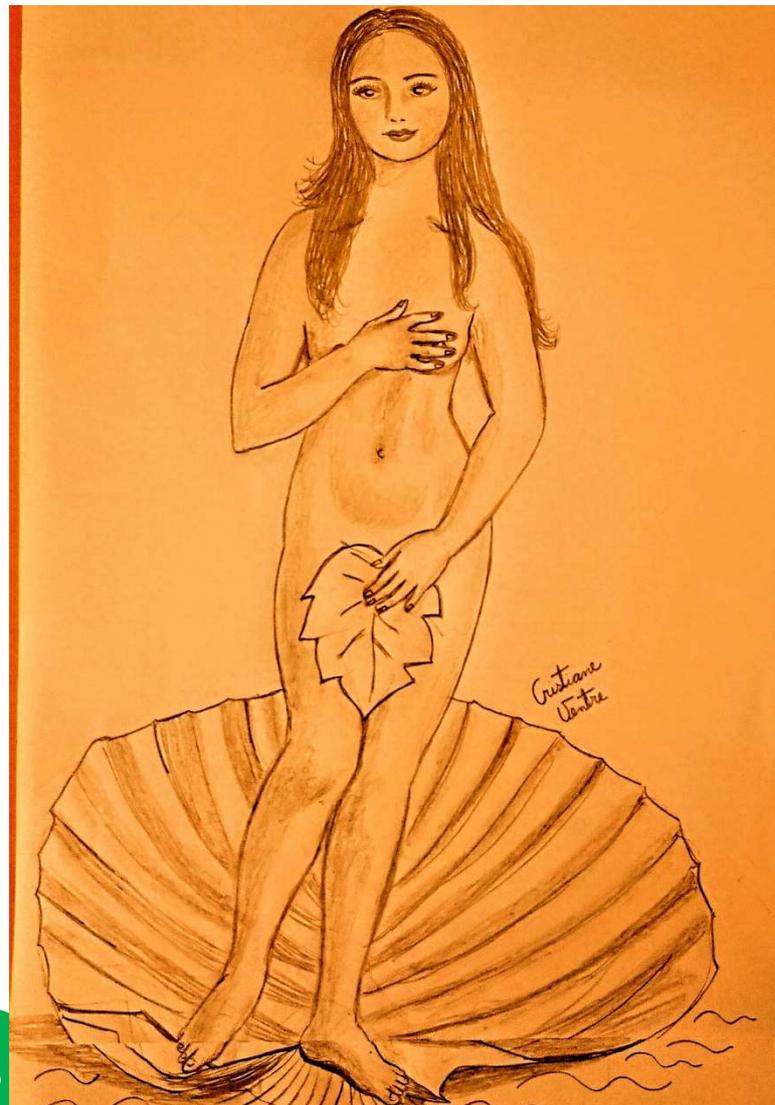
Porque si los hombres solo escuchan el eco de los dioses, habremos de transformarnos en ellos.



Sin título

Daniel Molina Ruffini

EL RINCÓN DE CRISTIANE



UN VIAJE POR EL BOSQUE

*PICTURE YOURSELF IN A BOAT ON A RIVER
WITH TANGERINE TREES AND MARMALADE SKIES
SOMEBODY CALLS YOU, YOU ANSWER QUITE SLOWLY
A GIRL WITH KALEIDOSCOPE EYES*

*LUCY IN THE SKY WITH DIAMONDS
THE BEATLES*

EN UN TIEMPO FUI NIÑO Y LUEGO NO LO FUI MÁS. UNA TARDE ME NEGUE A ABANDONAR MI ESTADO INFANTIL Y FUI A PASEAR POR LA FLORESTA. LUEGO DE UN LARGO CAMINAR, SENTÍ HAMBRE, Y DECIDI SENTARME EN EL SUELO A SABOREAR LOS FRUTOS DE LA MADRE NATURALEZA. AHÍTO YA, SENTÍ UN PROFUNDO DESEO DE AGRADECER A ARTEMIS POR TAN AGRADABLE BANQUETE Y COMENCÉ A LLAMARLA Y MIS PIES, ANTES DORMIDOS, COBRARON VIDA VOLVIÉNDOSE ÁGILES Y RAUDOS.

SALÍ CORRIENDO A TRAVÉS DEL BOSQUE PLAGADO DE ÁRBOLES CON CORTEZAS BLANCAS Y FLORES ANARANJADAS. CAÍAN POR TODAS PARTES TIENENDO EL SUELO. EL DESTELLO DE UN RELÁMPAGO ME DETUVO, ALCÉ LA CABEZA Y MIRÉ AL CIELO, ESPERÉ HASTA OÍR EL ESTRUENDO; SONÓ LEJANO, MÁS ALLÁ DE LOS ÁRBOLES. INICIÉ LA MARCHA Y VÍ A LA DIOSA, TRANSMUTADA EN VENADO, OBSERVÁNDOME. AMINORÉ EL PASO, SEGUNDO A SEGUNDO EN *SLOW MOTION* HASTA CASI LA DETENCIÓN TOTAL DE LA MÁQUINA CORPORAL. PENSÉ EN POSTERIORES SEGUNDOS DE CONTEMPLACIÓN MUTUA; EN UNA CONEXIÓN EXTRASENSORIAL ENTRE LA DIVINIDAD Y MI SER ESPIRITUAL; EL *PATRONUS* QUE AHUYENTARÍA A MIS *DEMENTORES* EN EL

FUTURO. PERO EL VENADO —O LA DEIDAD— REPENTINAMENTE, LUEGO DE UN MOVIMIENTO BRUSCO DE SU CUELLO, ECHÓ A CORRER SIN DARME TIEMPO A LA CONFORMACIÓN DE MI *STATUS* MÍSTICO Y *MAGO BEST SELLER*.

APARECIERON ENTONCES UN GRUPO DE LOBOS NEGROS (O GRISES, PERO, COMO ESTABAN BAJO LA SOMBRA DE LOS ÁRBOLES SE VEÍAN NEGROS), Y EN UN PRINCIPIO PENSÉ: VIENEN HACIA MÍ. ACTUÉ CON MOVIMIENTO NIMIO PENDIENTE DE ELLOS, TRATANDO DE IDEAR UNA MANERA DE SALIR DEL PELIGRO INMINENTE. LAS BESTIAS APLICARON LA MISMA TÉCNICA CINEMATOGRAFICA PUESTA EN PRÁCTICA POR MÍ CON EL CÉRVIDO INSENSIBLE: PERMANECÍAN INMÓVILES CON SUS OJOS SOCIALISTAS FIJOS; SOBRE TODO EL MÁS GRANDE, EL PRIMERO EN FORMACIÓN, EL SEGURO GENERAL EN JEFE DEL ESCUADRÓN DE *CANIS LUPUS*. LUEGO DE UN PAR DE SEGUNDOS EL GRUPO —SÓLO EL JEFE SE MANTENÍA PÉTREO COMO UNA ESTATUA INMORTAL— COMENZÓ A MOVERSE, LENTO, MUY LENTO, POR DETRÁS DEL LÍDER. MEDITÉ TREPAREME A UN ÁRBOL SITUADO A UN METRO Y CUARENTA Y NUEVE CENTÍMETROS DE DONDE YO PERMANECÍA, —LUEGO DE LA ESTRATÉGICA DECISIÓN DE LAS BESTIAS A MOVERSE LENTAS, MUY LENTAS POR DETRÁS DEL LÍDER— PERO ATERRORIZADO, A LA ESPERA DEL GRITO DE ATAQUE DE LOS CINCO, SIETE, DIEZ...¡COÑO! TRECE MANDÍBULAS ENTRENADAS POR AÑOS A DESGARRAR, RASGAR, DESTROZAR, ROMPER, RAJAR, DESCUARTIZAR, DESPEDAZAR, MOLER CARNE. DEDUJE QUE CON APENAS UN BRINCO HACIA DELANTE Y UN SALTO HACIA ARRIBA ALCANZARÍA UNA RAMA; NO PODÍA CONSTATAR CON LA

MIRADA LA FIRMEZA DE LA MISMA YA QUE EL MÁS LEVE PARPADEO PODRÍA DESENCADENAR EL ATAQUE MORTAL DE LOS ANIMALEJOS PELUDOS Y EL FIN INMINENTE DE UN SERVIDOR. PERO, ¿CUANTO DURARÍA LA ESCENA? (VEINTE SEGUNDOS SON UNA ETERNIDAD DRAMÁTICA Y EL CRONÓMETRO EN ESTE JUEGO DE LEY NATURAL NO HAY JUEZ QUE LO DETENGA; NI QUE FUERA UN PARTIDO DE *BASKETBALL*). DE LOGRAR EL OBJETIVO Y TREPAR A MI SALVACIÓN VEGETAL, EL HAMBRE, LA SED, EL SUEÑO, ACABARÍAN POR HACERME FLAQUEAR SI LOS ASESINOS ESOS DECIDÍAN, POR ÓRDENES DEL SUPERIOR, PERMANECER DÍAS AL ACECHO. ¿CUÁNTO RESISTIRÍA? ERA UNA OPCIÓN. LA OTRA, CORRER, PERO..., SI CORRÍA PRONTO ME ALCANZARÍAN. ENTONCES OCURRIÓ ALGO: EL MACHO ALFA MOVÍO SU CABEZA HACIA UN LADO COMO FIJANDO SU PUNTO DE MIRA EN OTRO OBJETIVO. DESDE MI POSICIÓN NO RESULTABA VISIBLE. LA COMPARSA RESPONDIÓ CON UNA IMITACIÓN DE COREOGRÁFICA EXACTITUD. MIRARON HACIA EL MISMO LADO QUE SU AMADO CAUDILLO. APROVECHANDO LA DISTRACCIÓN DE MIS ACOSADORES MOVÍ POCO A POCO, MUY POCO A POCO, EN UNA CASI IMPERCEPTIBLE ACCIÓN MOTRIZ, MIS EXTREMIDADES INFERIORES, Y LENTO, MUY LENTO ME FUI ACERCANDO AL ÁRBOL, Y POCO A POCO, MUY POCO A POCO ME OCULTÉ DETRÁS DEL TRONCO, FUNGIENDO ESTE DE TELÓN PROTECTOR SEPARANDO LOS DOS ESCENARIOS PROTAGÓNICOS: EL DE LOS MALANDRINES SALVAJES Y EL DE MI APETECIBLE CARNE DE CIUDADINO DESUBICADO EN UN BARRIO BOSCOSO.

CUANDO TUVE LA SEGURIDAD DE QUE ELLOS NO PERCIBÍAN MIS MOVIMIENTOS, O SE HABÍAN DESINTERESADO DE MI CARNOSA PRESENCIA, ECHÉ A CORRER

RAUDO Y VELOZ HACIA LA LEJANÍA, VOLTEANDO CONTINUAMENTE, MÁS PENDIENTE DEL RETROVISOR QUE DEL PARABRISAS Y A POCO MÁS ME ESTRELLÉ CONTRA LA MASA INERTE DE UN ENORME EUCALIPTO; PERO LO ESQUIVÉ A TIEMPO, EVITANDO UNA COLISIÓN POSIBLEMENTE TRÁGICA DEBIDO AL EXCESO DE VELOCIDAD Y A LA DIFERENCIA DE LA MASA CORPORAL DE UNO Y DE OTRO; UN *DRIBBLING* CASI PERFECTO A NO SER POR LA ZANCADILLA DE UNA PIEDRA ESTRATÉGICAMENTE MAL POSICIONADA A CUARENTA Y TRES CENTÍMETROS DEL TRONCO. CAÍ DE BRUCES. COMO NO ANDABA DE HUMOR, NI ERA MOMENTO IDÓNEO PARA UNA PROTESTA (TAMPOCO HABÍA A QUIEN PROTESTAR) Y A PESAR DEL DOLOR PUNZANTE EN EL PIE DIESTRO, INICIÉ, DESPUÉS DE UNA ÁGIL LEVANTADA, LA MANIOBRA ESCAPISTA ESTA VEZ SIN VOLTEAR, CON EL OBJETIVO FIJO EN EL HORIZONTE LEJANO.

LUEGO DE ANDAR UN BUEN TRECHO ME DETUVE CUANDO LAS FUERZAS DE MI APARATO MOTRIZ MERMARON Y EL ALIENTO TENDÍA A BRILLAR POR SU AUSENCIA CON LAS PALPITACIONES A CIENTO OCHENTA POR MINUTO, ALGO MÁS QUE UNA TAQUICARDIA. ENTONCES SÍ, VOLVÍ LA MIRADA POR EL SENDERO RECORRIDO Y NO ATISBÉ SEÑALES DE NINGÚN OTRO SER VIVIENTE CON MOTRICIDAD PROPIA. CUANDO ME CREÍ SEGURO, SALVADO, OLVIDADO POR MIS ACOSADORES, DESPLOMADO EN EL SUELO, RESIGNADO A PERMANECER ALLÍ PASARA LO QUE PASARA, VÍ DELANTE MÍO UN FENÓMENO NATURAL DE EXTRAORDINARIA BELLEZA Y PECULIAR MARAVILLA. UN GRAN MOVIMIENTO DE AGUA, COMO UNA CASCADA, BROTO DE LA TIERRA, AORNÁNDOSE CON UN MANTO DE

VAPOR QUE ACARICIÓ MIS MEJILLAS ARDIENTES, AROMATIZANDO EL ENTORNO CON UN DULCE PERFUME DE JAZMÍN. TODO ALREDEDOR SE TORNÓ BLANCO Y BRILLANTE COMO SI EL SOL ENVUELTO EN NUBES, BAJARA PARA HACER SUS NECESIDADES SOBRE LA TIERRA. —PUEDE SONAR UN TANTO FEO Y ESCATOLÓGICO IMAGINARNOS LA ESTAMPA COMO EL INODORO DEL ASTRO REY, PERO ESO FUE LO QUE PENSÉ EN ESE MOMENTO—. UNA VOZ PARECIÓ SALIR DESDE ADENTRO DE LAS AGUAS. UNA FIGURA SE MOVÍA POR DETRÁS DE TULES Y TULES DE *DOPIOVELLO* ACUÁTICO Y PREGUNTÓ: ¿A DÓNDE PIENSAS LLEGAR POR ESTE SENDERO?. A UN LUGAR SEGURO, QUISE RESPONDER, LEJOS DE LOS ANIMALEJOS SALVAJES QUE HACÍA UNOS MINUTOS NO MÁS, ME MIRABAN COMO A UN COCHINILLO ASADO. PERO CALLÉ PARA NO METER LA PATA, NO FUERA UNA ESPÍA ENCUBIERTA DE LA MAFIA LOBUNA. LA FIGURA SE HIZO MÁS NÍTIDA Y VÍ A UNA HERMOSA CRIATURA FEMENINA (¿UNA NINFA, UNA NÁYADE, LA MISMÍSIMA VENUS, LA DIOSA GANGA, CHALCHIUHTLICUE, O...¿LOS DIOSES NO LO QUIERAN!, LA TERRIBLE KAPPA?), CASI UNA ADOLESCENTE PÚBER, QUE SE ADORNABA EL DORADO CABELLO CON LAS FLORES DE JAZMÍN AMARILLAS Y COLOCABA LA BIZNAGA A UNO DE LOS LADOS DE SU RELUCIENTE CABELLERA. ELLA ENTONCES JUNTÓ SUS TIERNOS LABIOS CARMESÍ Y SOPLÓ EN MI DIRECCIÓN Y EL SOPLIDO SE VOLVIÓ UN FUERTE VIENTO GOLPEÁNDOME EL ROSTRO COMO SI DE UNA TORMENTA DE ARENA SE TRATARA. CESÓ TAN RÁPIDO COMO VINO Y UN FÉTIDO OLORES A CARNE MUERTA ME LLENÓ LA BOCA, HASTA EL PUNTO DE HACERME VOMITAR UNA MASA AMARILLENTO QUE AL CONTACTAR CON LA TIERRA SE VOLVIÓ FLORES DE MÚLTIPLES COLORES ¡EL

PERFUME DESPRENDIDO ERA TAN DULCE Y EXCITANTE! ME HIZO SENTIR TODO EL CUERPO UN FALO PENETRANDO EN UNA VAGINA AUREA Y A LA VEZ ACUOSA, LLEVÁNDOME A UNA EYACULACIÓN MÚLTIPLE. PARECÍA FLOTAR, NAVEGAR EN UN ESPACIO DONDE LAS ESTRELLAS ERAN CHISPAS AL CONTACTO CON MI PIEL Y PRODUCÍAN EXPLOSIONES CADA UNA MÁS PLACENTERA QUE LA OTRA HASTA QUE... SENTÍ MI HUMANIDAD GOLPEARSE CONTRA EL PISO Y LOS HUESOS QUEBRARSE COMO UNA COPA DE CRISTAL. COMO PUDE INTENTÉ LEVANTARME Y AL ALZAR LA CABEZA Y YA NO VÍ LA CASCADA, SINO UNA ESPECIE DE LAGO DE AZUL INTENSO CUYA ORILLA ROZABA MI CABELLO. EL AGUA PARECÍA COMO UNA SABANA Y AL CAMINAR SENTÍ LOS PIES HÚMEDOS, Y CUANDO BAJÉ LA VISTA VÍ UN BARRO PEGAJOSO ENTRANDO POR LAS SUELAS DESPEGADAS DE MIS ZAPATILLAS DE GOMA. ENTONCES OÍ TRAS MÍ UNOS GRUÑIDOS POCO AMIGABLES. NI VOLTEÉ ¿PARA QUÉ? SABÍA MUY BIEN DE QUIENES SE TRATABA. ARRANQUÉ A CORRER Y LAS BESTIAS TRAS DE MIS TALONES. CUANDO YA SUS HOCICOS RESOPLABAN EN MI ESPALDA; CUANDO YA ESTABA FUERA DEL CHARCO, SENTÍ UN CRUJIDO EN LA TIERRA, TERRIBLE Y FUERTE, Y LA CATARATA VOLVIÓ A IRRUMPIR AISLÁNDOME DEL IMPERTINENTE E INDESEADO *GRUPEJO*. ESCUCHÉ LA VOZ INTENTANDO DECIR ALGO, POSIBLEMENTE DE UNA RIQUEZA ESPIRITUAL Y FILOSÓFICA MUY PROFUNDA, PERO COMO NO ANDABA YO PARA MEDITACIONES TRASCENDENTALES, SINO DE SOBREVIVENCIA, DECIDÍ DEJAR LA SABIA ENSEÑANZA PARA OTRA OCASIÓN Y OPTÉ POR ALEJARME A TODA PRISA DE ALLÍ, ANTES QUE EL CHORRO PROVIDENCIAL VOLVIERA A SER CHARCO. ME ALEJÉ HASTA PERDER ESE LUGAR DE

VISTA. ESCUCHÉ RUIDOS DE AUTOS Y LLEGUÉ A UNA CARRETERA BASTANTE TRANSITADA. TAMBIÉN DIVISÉ UNA ESTACIÓN DE SERVICIO. UN AUTOBÚS CON DESTINO A LA CIUDAD CARGABA COMBUSTIBLE. VOLTEÉ HACIA EL BOSQUE Y OBSERVÉ COMO EL GRUPO DE LOBOS SE ASOMABA A LA CARRETERA MIRÁNDOME FEO, MUY FEO. LE PREGUNTÉ AL CHOFER DEL AUTOBÚS SI PODÍA MONTARME Y ANTE SU RESPUESTA AFIRMATIVA NO DUDÉ NI UN SEGUNDO. PENSÉ EN HACER ALGÚN GESTO PARA DESPEDIRME DE LA MANADA INFERNAL, QUE PERMANECÍA TIESA E INMUTABLE CON SUS OJOS DEPREDADORES SOBRE MI, PERO ME ABSTUVE; HABÍA QUE MANTENER LA SINDÉRESIS Y SER RESPETUOSO CON QUIENES PUDIERON SER MIS COMENSALES.

YÁ EN EL AUTOBÚS CAMINO A LA CIUDAD SUCUMBÍ AL SUEÑO Y DESPERTÉ CUANDO EL CHOFER ME ZARANDEO AL LLEGAR A LA ESTACIÓN.

LO PRIMERO QUE HICE AL BAJARME FUE ARROJAR A LA BASURA LA BOLSA CON LOS HONGOS RECOLECTADOS EN EL BOSQUE.

JOSÉ
DOMÍNGUEZ



La Galería

Elian Turlione



arado con yunta

Musico de Taquile





Peregrinos de Quyllurit'i

Sikuris de Puno



A través del tiempo y el espacio

Aida Romero

*Y te elegiría a tí, en cien vidas, en cien mundos,
en cualquier versión de la realidad, te encontraría y te elegiría Kiersten White*

Sus ojos verdosos están bañados en lágrimas saladas. La contemplo desde la plaza, rodeado por la muchedumbre, las antorchas sobre nuestras cabezas y la lluvia cayéndonos encima. Su cabello rojizo es un borrrón oscuro y húmedo, sus manos y piernas están atrapadas en la hoguera improvisada. El pánico me muerde en la nuca, siendo una mezcla de quietud y horror que me rodea y me atrapa, paralizándome por completo. Mi amada Marion morirá esta noche, sentenciada por brujería. Una terrible punzada de dolor se hunde en mi pecho y el mundo se balancea bajo mis pies. Me obligo a mirarla, a no apartar la mirada ni un instante, ni siquiera cuando los guardias se acercan con el fuego para prenderla viva. Ella continúa llorando, pero el miedo no llega jamás. *“Aquí, ayer y mañana. Te encontraré. A través del tiempo y el espacio, volveré a amarte para toda la eternidad”*

El recuerdo de sus tiernas palabras tiene el sabor de las bayas silvestres. Todo se quiebra en mil pedazos cuando las llamas empiezan a devorarla, sin piedad, engulléndola en pocos minutos. Pero no dejo de observarla. Un bálsamo helado me corre por la piel, como si fuera hielo y fuego al mismo tiempo, rompiendo todo lo que soy, fui y seré. Dejo de ser Seth, para convertirme en un cuerpo inerte y vacío.

Tengo la sedosa sensación de conocerle, pues su rostro peculiar me recuerda a un sueño olvidado. Le miro desde una esquina de la confitería, con las manos ocupadas en dulces de chocolate y mantequilla. El hombre acude cada viernes a primera hora, con un periódico a un costado y un sencillo sombrero que oculta un hermoso cabello dorado. Un sabor amargo se instala en mi paladar, pues la diferencia de clase social me obliga a permanecer en este rincón, oculta tras el viejo delantal. Aun así, le escucho a hurtadillas cuando se acerca al mostrador. Nuestras miradas se cruzan durante un breve instante, tan efímero que parece el aleteo de un colibrí. Algo pequeño y frágil estalla en mi corazón, un recuerdo agri dulce borrado por el paso del tiempo. Cada poro de mi piel tiembla, pero me obligo a permanecer inmóvil, con las manos hundidas por completo en la masa de hojaldre. La promesa es el susurro del viento, deshaciéndose lentamente entre los dos. Miro a Seth por una última vez, y el amor arde en cada parpadeo. Luego, abandona el lugar, dejándome fría y desolada.

Tiene las faldas arremangadas a un costado y la tez cubierta de polvo y hollín. Desconozco las horas que lleva trabajando en la fábrica, junto a otro centenar de mujeres. La guerra estalla a nuestro alrededor, disfrazada de la muerte más atroz que haya conocido jamás. Sin embargo, entre tanta sangre y dolor, he podido encontrarla. Quisiera detener el tiempo en este instante y llevármela a un lugar donde la paz nos regale un momento para charlar, para abrazarla y hacerla mía, para mostrarle todo lo que la amo, y la he amado, a través del tiempo, hasta este preciso día. Le lanzo una última mirada, capturando los detalles de su belleza y su anhelada boca de fresa, antes de marchar *al frente*. El arma a mi espalda es

muy pesada, tanto que parece un ancla arrastrándome a las profundidades del océano, donde Marion no podrá hallarme nunca más.

Hundo mis manos en su pecho lo más rápido y fuerte que puedo. El sonido de la ambulancia es una advertencia mordaz y despiadada, riéndose por la pérdida que se resbala entre mis dedos. Ignoro a mi compañero y continúo reanimándolo, sin dejar de mirar el rostro ceniciento que se encuentra frente a mí. Le he encontrado, una vez más, pero esta vez la muerte me lo ha arrebatado de las manos. Quiero rogarle que abra los ojos, aunque solo sea un momento, para decirle lo tanto que le he amado, y le amo, y lo mucho que llevo buscándolo por las esquirlas del tiempo. Pero Seth está muerto, y yo me quiebro un poco más, hasta perderme en el más insondable olvido.

Ella camina despacio a través de las calles desnudas. El viento le hace cosquillas en la nuca y la suave brisa le besa el rostro. Sus pies la guían por los callejones y se funde en una cálida mañana de verano. Se detiene en la encrucijada, donde un varón de piel tostada está apoyado en una farola. Por un instante, cree reconocer el semblante divertido y el cabello peinado a un lado. Pronto, esa extraña sensación abandona su cuerpo, y decide continuar su camino.

Se cruzan. Y ella continúa. Pero sus piernas ceden a los pocos pasos. Se miran y, con tan solo una mirada, las imágenes danzan a su alrededor como mil estrellas punteando el firmamento, estallando en recuerdos de un amor profundo y apasionado. No necesitan las palabras para revelar todo lo que han guardado. Se observan, detenidamente, capturando el momento como si fuera un pedazo arrancado del mismísimo cielo y se lo fueran a arrebatarse de un segundo a otro. Él alza una mano y ella descubre unos dedos largos y temblorosos. Le responde sin siquiera parpadear. Sus manos se entrelazan lentamente, con chispas amarillas centelleando entre la piel. Se funden, vorazmente, sin temor a la pérdida ni al dolor. En algún momento, dejan de ser Marion y Seth, para convertirse en un solo ser de fuego líquido, dos almas destinadas a reencontrarse a través del tiempo y el espacio, una y otra vez. Y cuando el infinito Universo deje de existir, ellos continuarán encontrándose en las barreras del olvido, buscándose hasta hallarse en los confines más recónditos de la historia, amándose para toda la eternidad.



La otra

Kaoche

El silencio de su mirada me impactó. Seguía manteniendo la dignidad de la mujer importante que fue para muchos, pero estaba claro que el alzheimer, aquella enfermedad silenciosa e imparable había robado su alma, llevándosela al pasado. ¡Aún así, yo aún la amo, no puedo evitarlo! Han pasado setenta años desde la última vez que nos vimos, pero sigue siendo ella. Sé que en algún rincón de su ser aún habita aquella niña rubia con trenzas. ¡Oh, gracias Dios mío, me ha sonreído, seguro que en este instante, me recuerda! Aunque sólo dure unos segundos, vale la pena.

VOLVER PARA INTENTAR VOLVER

Estoy sentado en el bar donde me senté con ella. La mesa de madera y formica roja al lado de la ventana, al fondo, cerca de donde los mozos se juntan a hablar y controlar el salón a los lejos. No hay muchas mesas ocupadas, alguien lee el diario, otro usa una computadora portátil y tiene auriculares. Los vidrios tienen esos dibujos fileteados que antes se les hacía a los colectivos. Los mozos con pantalón de vestir negro y camisa blanca, los techos son altos y cuelgan grandes artefactos lumínicos. El trajín de los proveedores no se detiene, es que estoy cerca de la puerta trasera y puedo observarlos. Nadie sabe la historia del otro, ni siquiera cruzamos las miradas, como si fuésemos invisibles. El café, es el de cualquier cafetín de Buenos Aires y la medialuna es sencillamente extraordinaria con la humedad justa y la manteca necesaria. Es el mes de febrero y no hay tanto movimiento como el resto del año en Buenos Aires, hace calor, pero el aire acondicionado provoca un microclima ideal para la ingesta de algo calentito.

Tras los límites del vidrio, la calle, donde cada uno va a los suyos. La ciudad suele provocarme una tristeza ajena, los rostros adustos, los sueños frustrados, los amores que no fueron, la ilusión de irse que nunca ocurrirá, vidas recorriendo un camino que no eligieron pero que tampoco pueden elegir otro, las sombras de los árboles, los frentes descuidados, abandonados, las paradas de colectivos, los pasillos del subte. Camino lento y esa energía me tiñe, quisiera decirles que los siento cerca, que quisiera aliviar esa carga y no puedo, quizás eso me frustre y me quedo en la resignación de lo imposible.

Tomo despacio el café y trato de materializar su imagen a mi lado, con su vaso de jugo de naranja y una medialuna que no va a comer. Iluso pensé que era un buen plan para ella, mientras esperábamos a mamá, en realidad ella accedía porque pensaba que era un buen plan para mí. Siempre que estoy por Buenos Aires, vuelvo a ese bar de la esquina en Av. Santa Fe y Uruburu, a veces ni siquiera lo cuento. Quizás la gente piense que es depresión, que termine ya con esto, que ella está muerta, que tengo que seguir adelante, y esta muy bien que así sea, es que es la forma que encuentro de seguir adelante, sintiéndola cerca y soplando las brasas de los recuerdos que el tiempo, aunque a veces pase lento, ira apagando con los años a pesar de que yo sople las brasas cada tanto.

YeyYey

Mi querida No

Por la mañana no me hice el desayuno, tampoco escribí, ni siquiera me bañé. Permanecí en mi cama contemplando, que para muchos es no hacer nada, los cientos de libros que no he leído. Me esperan en los estantes, sin abrir, ajenos al placer de ser ojeados. Cada título forma parte de la enorme lista de lo que no he hecho, pero no la he tecleado, así que el inventario de lo que no he hecho comienza por «Hacer lista de lo que no he hecho; seguido de «Confesarle mi amor a Silvana».

En lugar de completar una simple tarea, pienso por horas en grandes planes que jamás concreto. Mi papá me reprende con la mirada cuando me ve echado de panza en el jardín sin hacer nada. Economiza su lenguaje, tiempo y vida. No lo entiende. No entiende que, si bien no soy el literato que quisiera y tal vez nunca lo sea, escribo con pasión precisamente porque aún no soy lo que quiero ser. No he leído a Tolstoi, Balzac, Faulkner... ni a los últimos diez Premios Nobel, y son ciertamente los autores de los que más hablo, los que más ansias tengo de conocer. Tampoco le he pedido el número a Silvana. Ella siempre comenta en clase acerca de Mishima, Kenzaburō Oé y Sōseki, a quienes ya “anoté” en mi lista. Apenas y le hablo.

No hago la cama, ni sé tocar el piano y no me destaco cuando juego tenis. No la veo a los ojos. No lavo mi ropa a menudo, ni paseo con mis amigos seguido, ni voy al cine; aunque sí “pongo” en mi lista las mil y una películas que deseo ver. No soy capaz de seguirle la plática. No estoy viejo, aunque así me sienta, sin la sabiduría, claro; ni soy joven, aunque así me califiquen, sin la beldad, energía y frescura, claro. Por más que lo deseo, jamás la invitaré a salir. “Guardo” la anotación en mi inventario consiente de que nunca la borraré.

¿Por qué no vamos por una chela saliendo?, me dijiste aquel día que me fui a la escuela en ayuno, sin avances en mi novela y oliendo medio raro, a lo que respondí Ahorita vemos, Silvana; a la vez que tomaba mi lugar nervioso. En la primera clase no vimos a Capote, más bien hablamos de lo infausto de encontrar editorial; en la segunda no capté bien los tercetos de Dante y de la última ni me preguntan. No prestaba atención más que a ti. Al final te acercaste a conocer mi veredicto; un rotundo «No». Te marchaste y no te perseguí, ni lloré, ni cambié de opinión.

De vuelta en mi casa preparé la cena, escribí un poco y me di una ducha para dormir a gusto. Recostado, te soñé despierto: Te quiero tanto como a la alegría que viene y va. Me gustas más que la *Shakespeare and company* que jamás he visitado. Me apasionas como la lectura de los libros que aun no leo. Somos el romance de alguna película que nunca vi. Eres lo que más adoro, mi mayor anhelo. Y no quiero que dejes de serlo, por eso, Silvana, mi respuesta a ti siempre será No.



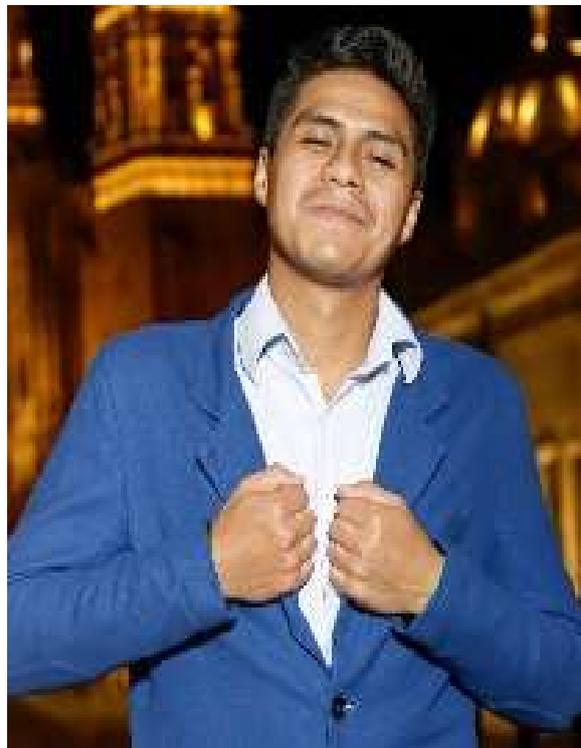
Darío Quijano Cal y Mayor

En la noche.

Daniel Sánchez Hernández

El hombre de treinta años había subido a la planta más alta de la casa. Era de noche y él, virtuoso en valentía, de pensamiento frío, no se inquietaba por nada, en aquella postal oscura con estrellas, sabía que algo andaba mal. Aun así, tenía que salir de su morada para ver que ocasionaba aquel escándalo, se aventuró, peldaño tras peldaño, con miedo en sus piernas y los ojos entre cerrados por el sueño que no se había ido por completo. Sudor en la mano izquierda, en la derecha apretaba con todas sus fuerzas el arma más mortal que encontró, aunque de hecho no atemorizaba para nada la escoba que guardaba debajo de las escaleras. Subía lento, de puntillas para no hacer ruido. Las luces apagadas y el corazón latía deprisa. Tres peldaños antes de llegar, solo un par de escalones y estaría a la entrada que daba con la tarraza de su tercer piso, un pensamiento latente de volver a la cama y el miedo se apoderaba poco a poco de él, ahora temblaba para quitar el seguro de la puerta o quizá era el frío, de repente, el metal gélido que protegía su entrada se abría de golpe, azotó después de ser aventada pues estaba atorada por el desuso que tenía. Del lado izquierdo de la terraza solo había aire helado que incitaba la calidez de sus cobijas, del otro lado solo estaba la oscura noche. Del ruido nada se sabía, lo único que parecía raro era el suelo que estaba mojado, pero eso era ocasionado por una fuga en su depósito de agua que días antes se había presentado. Aquel hombre sin ninguna

respuesta decidió volver a su cálida guarida. El sueño se había alejado de su cama, fue entonces que los sonidos de antes regresaban con más claridad, con el suficiente coraje y cansancio el hombre decidió subir de nuevo a su tejado, sin el menor temor abrió la puerta de una manera estrepitosa, sin embargo, no observa nada claro, con su paciencia desbordándose por no poder dormir, llegó a la conclusión apresurada de que el ruido podía ser ocasionado por las láminas que hacían una especie de sombra para su depósito de agua durante las tardes, después de subir al cimientó donde descansaba su gigantesco recipiente de agua gélida y acomodar perfectamente las láminas, el hombre en un movimiento brusco, pisó la orilla que se encontraba mojada y resbaló de la base en la cual estaba parado, cayendo así desde su tercer piso hasta el suelo por el cual pasaban los coches. Ese fue el momento perfecto para el hombre de treinta años que se las había ingeniado para escalar esa casa horas atrás. Al fin pudo salir de su escondite en el que esperaba el momento oportuno para ultrajar las pertenencias de la casa del sujeto que yacía tirado en la acera.



Loving hand

Una noche, fría muy muy fría. Inesperada porque ya era mediados de mayo. Tomó control. Primero conmigo, empezó por el pecho, bajando lentamente por mi torso, haciendo círculos suaves con las yemas, firme. Sin parar. Llegando a mi vientre creando anticipación. No podía hacer nada, ya era muy tarde. Siguió, rodeándolo como quien toma un trofeo de primer lugar. Victoriosa.

Luego, con movimientos cortos pero continuos, seguía. Amando. Arrebatando. De arriba abajo. Esa fue la noche en que tomó vida propia. Esa mañana pensé todo había sido un sueño, hasta que Monserrat, mi amiga de toda la vida con quien tomaba café en las mañanas llegó a la casa por la dosis diaria. Sin esperar el primer sorbo, la tomó de la cintura sin dejar espacio entre los dos. Yo no sabía qué hacer. Estaba viva. Luego bajando lentamente así como hizo conmigo, recorrió su espalda. Ella inmóvil, con los ojos abiertos como platos. Quizá fue mi cara, no combinaba con lo que hacía la otra, tan segura, tan experta y yo tan nuevo e inútil. Llegó a las caderas dándose entrada sin invitación a esas nalgas perfectas. No voy a negar que siempre lo había pensado pero jamás pudiese haber actuado. Monserrat era para el café y las charlas. Pero no ese día, ella tomó una decisión y por consecuencia la tomó a ella. Quien la recibió con gemidos suaves y rincones húmedos. Fue hasta que decidió descansar, qué nos dio permiso a nosotros de hacerlo también.

Aún no sé cómo tomó vida y se hizo líder, dejándome acéfalo, incluso con dos cabezas. Después de ese día el café mermó y los toques reinaron. Creo que si Monserrat pudiese separarla de mi lo hiciese pero no se puede. Está atada a mí haciéndome esclavo de sus deseos. Hoy ha llegado Jimmy. Es un colega de fuera, no habla mucho español. Tengo miedo de que pueda hacer. "Por favor hoy no". Le pido.

Pero siento el fuego iniciando. Arranca en la axila bajando por el codo hasta que los dedos toman vida. Es ella quien domina. Espera. No así. Pero no hace caso. Toca el cuello blanco con venas azules sentado en la mesa. A diferencia de Monserrat empieza con cautela. Suave. Aún firme. Con lágrimas en los ojos no puedo detenerme. Siento el cuerpo rígido que se voltea. Mirándome con dos cristales azules. Espero lo peor. Ella sigue su trabajo ignorando lo que pienso. Espero. Ella sigue. Aprieto los labios, fuerte, siento la sangre bombeando a todo y el otro irguiéndose. Silencio. Mi estudio se tona gigante. Más silencio. Hasta que, su voz, sorprendente amistosa llena el espacio.

–Wow... That's a loving hand you got there my friend.



Stefany Ruiz Esteves

Sin Ascensores



Las divagaciones se enredan en su mente, formando imágenes de misterio y enigma, mientras espera, deambulando en su silla de ruedas. Entre las calles negras y cuerpos sin deseo, su mirada se aferra al cielo, atrapada entre una pasión desbordante y un silencio impuesto.

No hay ascensores, ni respuestas claras, solo un “quizás”, como la esperanza que brota en su interior mientras aguarda. Sabe que llegará el día en que no tendrá que detenerse, cuando su corazón, como un lobo, finalmente corra libre de ataduras. Las ruedas giran y su mente vuela, anhelando el cielo y desafiando la gravedad. Cada latido es un intento de liberar su aullido, y cada suspiro, un grito contenido.

En su mirada arde un fuego inextinguible, una pasión que trasciende la carne y los huesos. ¿Quién dice que las garras son físicas? Ella las lleva en su deseo, en su anhelo. Así

espera, persistente y valiente, en la silla que la hace elevarse hacia el cielo distante. Su corazón, esa loba enjaulada, sabe que un día, sí, ascenderá en su alma deambulante.

Geimy Pareja

Caracol y Delfín

Como todas las mañanas, Caracol asomaba su cabeza desde su roca para ver saltar a los delfines. Le encantaba la gracia con la que se movían, su rapidez y la armonía de sus voces. Se entretenía imaginando que hacía lo mismo y que recorría el vasto océano con ellos. Como cada mañana en la que recorría esa playa, Delfín se aburría. Ya no quería saltar y jugar con otros. Su vida se le antojaba monótona y vacía, así que se acercó a las rocas. Caracol no lo podía creer: un delfín se había acercado a su tranquila roca, asque no perdió la oportunidad de hablar con él. Delfín y Caracol se hicieron amigos enseguida. La curiosidad de Caracol por la vida de Delfín hizo que éste re descubriera las maravillas de su vida, ya nada le parecía aburrido y monótono. Con las historias de Delfín Caracol entendió también el beneficio que ofrecía la seguridad de su roca y la tranquila familiaridad en la que crecía. Cayó la tarde y ambos amigos debían separarse, pero sus corazones anhelaban estar juntos así que Delfín le dijo a Caracol:

—Ven conmigo —Pero ¿cómo? Eso sería una locura —contestó Caracol

—Adhiérete a mi piel, pasea conmigo. Y cuando quieras te traeré de regreso a tu hogar —le propuso Delfín. Caracol y Delfín compartieron una amistad que trascendió los límites de sus mundos. El ágil Delfín transportaba a su amigo Caracol por el vasto océano, mostrándole maravillas marinas que jamás habría imaginado. A su vez, en la tranquila quietud de su roca, Caracol le contaba antiguas historias a Delfín bajo la luz de la luna. Así descubrieron una profunda conexión que los unía con los ciclos de la Naturaleza. Quién lo diría. Esta amistad permitió a los dos seres contemplar sus vidas a través de los ojos del otro. Un afecto que agrandó su visión del mundo y les hizo probar nuevas y hermosas experiencias.

Claudia Camacho

Silvia

—Hasta las seis y cuarto señor —dijo Cesar al bajar del bus.

—Hasta pronto, no demore por favor —le advirtió el conductor cuando torcía el volante al giro de retorno.

Desde la parada, una explanada semi rural, Cesar miró una pequeña ciudadela helicoidal suspendida en la cima. Este tipo de ciudades altas le gustaba observar de lejos desde la carretera cuando visitaba y se trasladaba a puntos lejanos de aquel país, aunque nunca tenía tiempo para adentrarse. Hoy era la ocasión. Hace dos horas, un hecho singular le obligó a modificar los planes que tenía para el resto de la tarde. Sopesó en hacerlo pero se decidió positivamente. Estaba en la noche más bien lo ineludible: charlas programadas, saludos formales, entre otros compromisos.

Ya inmerso en la arboleda, miró el punto de retorno a fin de no olvidarlo y luego tomó el desvío para vehículos que ascendía hacia la comuna de Montelsa. Del lado contrario de la carretera también había casas con los muros desnudos dispersas en las alturas, y se preguntó, a qué comuna pertenecerían estas, arrojadas y olvidadas en la lejanía.

Mientras ascendía pensaba en si no se estaría equivocando. Aunque el nombre de Montelsa sin duda la sonaba de algo, no estaba seguro si fue el que Silvia lo describió como su lugar de nacimiento, ahí donde transcurrieron casi todos los relatos que le contó durante aquellos fines de semana cuando su abuela se lo dejaba encargado mientras solucionaba el tema con los abogados. Recordó que en medio de la vorágine por la reciente perdida, ella había abrazado su dolor. Se afinó su memoria y se reveló en ella la vestimenta de la mujer, los juegos, y solo en parte, un rostro bronceado, enmarcado con una caballera negra y lacia, adornada siempre con una bincha.

Disponía apenas de dos horas, y no sabía por dónde empezar a caminar, veía varias casas y ninguna persona por fuera a quien preguntar.

Además era domingo. El sitio era silencioso, se escuchaban abejorros y aves que no se veían en la ciudad, y desde cierta altura, aparecía en el otro horizonte un extenso campo amarillento para el cultivo. Pasaron entonces veinte minutos más y se desesperó. Calculó el tiempo que podría estar allá arriba, y el que le tomaría volver a la parada. Se restregó con la palma la frente angustiado por el porvenir.

Continuó subiendo. Pasó por una casa con cortinas en lugar de puerta externa. Unas macetas quebradas ornamentaban la ventana enrejada. Saludó en voz alta ya que escucho la televisión encendida, pero no salió nadie, y él tampoco quería ocasionar molestias a los vecinos. Retomó el acenso. En una esquina vio un tabernáculo muy colorido, nunca había visto uno en tan buen estado de conservación. Mientras le sacaba una foto, escuchó una puerta abrirse a sus espaldas. Una chica rubia de unos dieciocho años en ropa deportiva salió ajetreada. Como hablaba por teléfono celular, él prefirió no llamar su atención, aunque la chica se lo había quedado observando con gesto extrañado. Se subió al automóvil y descendió por donde él había llegado.

Continuó hasta la cima, hasta una iglesia de campanil románico. En el interior había una señora joven hablándole a alguien invisible. Entró y le preguntó por Silvia. La señora contestó que una mujer con esas características físicas y biográficas habitaba en una casa de color azul a dos cuadras abajo, junto a la imagen de la Virgen. Cesar salió rápido, le quedaba una hora y ni siquiera la había visto. Mientras caminaba en la dirección pensó fastidiado en regresar a la estación, ya encontraría modo de volver acá. Sin embargo, en él fondo sabía que no existía ninguna posibilidad para que eso sucediera. No la había —los hijos, su esposa, la Universidad, todas las conferencias que tendría que cumplir, los libros en proceso de edición que le arrebataban el sueño y las ganas de seguir escribiendo, la deuda injusta que asumió por culpa de su hermana —y así, el resto obligaciones que no le permitirían volver a sitios como este.

Aquí su celular, ya muy desactualizado por cierto, no tenía cobertura y tampoco tuvo tiempo de notificar a alguien desde una cabina pública,

por lo que sospechó que de regreso al hotel le vendrían encima problemas gratuitos. Todo sería soportable si la veía una última vez en la vida. Más que sea por veinte minutos, que es el tiempo que ahora disponía. Cruzó una esquina, y escuchó que del otro lado retornaba en el auto la chica rubia. Entonces le hizo una señal, y cuando ella bajó el vidrio, le preguntó si conocía la casa que buscaba.

—Entre, usted busca mi casa —respondió sin ningún ápice de gentileza o interés.

Le contó que era su sobrina nieta, es decir, su abuela y Silvia eran hermanas. Cada fin de semana le traía cosas de la ciudad y le hacía algo de compañía. No preguntó más, porque el teléfono le sonó. Mientras ella se iba a la terraza, Cesar escuchó que hablaba con un hombre, sobre nada importante la verdad. Antes de perderse de vista, le hizo una señal apuntando a la puerta que él debía empujar, ahí estaría a quien buscaba.

Él la recordaba joven, con rostro aniñado y ropa siempre sencilla: suéter verde, blusa blanca y una diadema tensando su cabello. No sabía a quién vería tras el umbral. Recordó que durante los años siguientes a su despedida empezó a fantasear con una amiga imaginaria. Su abuela creía que sufría delirios con su madre fallecida, pero el realmente hablaba, o jugaba a hablar, con su antigua cuidadora. Al entrar al colegio dejó de hacerlo naturalmente. Solo a su primera novia le contó sobre ella, y esta se comprometió un tanto en juego a acompañarle a buscarla algún día. Los últimos cuarenta años pensó en Silvia quizás como un recuerdo enaltecido por la niñez y por aquellas circunstancias amargas. Ya no había ocasión para recordarla sino esporádicamente. Hasta que se cruzó esta tarde, mientras contemplaba el paisaje y corregía sus apuntes, con el letrero de Montelsa. Empujó la puerta y la vio de pie. Su cuerpo delicado y entrado en años se giró hacia él. Se miraba lúcida, pero sin brillo ni sol, como carente de algo. Cesar se presentó como un amigo lejano de la familia. Miró de súbito al reloj que colgaba de la pared. Tenía no más de cinco minutos. Ella pareció no reconocerle. No tenía por qué, pensaba Cesar. Habría cuidado a muchos niños a lo largo de su vida y estado en quién sabe cuantos lugares.

Él no reconoció su voz, pero si la tranquilidad que al oírla le daba. Su timbre proyectaba aun así un sollozo interno. Se sintió en el núcleo del ocaso, en lo más remoto del calor. Le preguntó con quién vivía, y ella contestó que sola, su sobrina solo le traía cosas. Le contó que había tenido un novio hace mucho, y también que ha tenido decenas de mascotas. Pensaba en adoptar dentro de poco algún perro.

Estaba sola, débil, y ni siquiera era una anciana todavía. Únicamente las circunstancias no le habían favorecido y por eso estaba sola como una isla inhóspita, como la última habitante de un pueblo olvidado en la lejanía. Cesar vio el reloj, tenía que decirle ahora mismo adiós sino quería perder el bus. Fue a buscar a la chica a la terraza para pedirle de favor si podía llevarle a la parada dentro de diez minutos. Pero ella se había marchado. Silvia le ofreció desde la otra habitación prepararle un café contra el frío de la tarde. Se quedó quieto frente a la puerta. Todo era quietud. Un cielo de nubes grises se movía hacia su dirección y nadie decía nada desde afuera. Contestó que no, sin hacer caso realmente a lo que se le ofrecía. Pensó en la conferencia de la noche y en las visitas protocolarias que tenía que hacer mañana temprano, en sus hijos y en su mujer, quienes quizás se preguntaban por él. Entró despacio a la estancia principal para despedirse y escuchó a la distancia que Silvia le hablaba a alguien, con un tono delicado como si se dirigiese a un niño. También escuchó que le había llamado Cesar.

Miró por la ventana el cuadro del retorno, las nubes estaban encima. Entonces, se sintió en paz. La cerró para que no se filtrase el frío y su lluvia. Se quedó a beberse el café a su lado. No volvió a mirar la hora, y le preguntó a Silvia sobre ese tal Cesar. Se sentó en una silla metálica frente a la cama. La habitación tenía las paredes pintadas de amarillo, con fotografías pegadas donde aparecía ella en distintas edades junto a diversas personas, en una de esas estaba él de niño. Había sobre los muebles objetos dispersos que parecían ser antiguos regalos.

—perdón por no llegar antes —pensó Cesar con el espíritu feliz mientras sentía como Silvia aplacaba el frío con sus palabras.

Damián D. Gavilánez

El asistente

La noche era una capa oscura que rodeaba el museum y solo las farolas de sus pasillos iluminaban tenuemente los grabados en las paredes y las esculturas. El asistente del dictador se desplazaba con un sigilo extraordinario, a tal extremo que pareciera que levitará sobre las pulidas láminas de madera del piso, esta capacidad, era adquirida merced a su oficio de vigilar las conversaciones que se urdían en contra de su jefe. Esta vez, se había colado por la averiada ventana del patio trasero de la enorme construcción y sabía moverse a su antojo en las penumbras del recinto, no obstante, el botellón que cargaba en una de sus manos. Su objetivo se encontraba en la habitación de fondo del palacio; allí estarían reunidos los conspiradores, aprovechando la soledad en que permanecían las galerías en las horas nocturnas.

Llegado al salón, adoptó una postura rígida de su cuerpo contra las paredes y con movimientos reptiles fue arqueando las columnas, ni el más mínimo ruido produjo su desplazamiento, hasta lograr quedar tras una gruesa cortina, y después de varios minutos de verificación, si poder observar a quienes estaban apiñados en el extremo más oscuro del cuarto. El asistente permitió que sus ojos fueran adaptándose a la oscuridad y así cada vez con mayor precisión poder apreciar las formas de los allí congregados. Eran cuatro sin lugar a dudas, dos de ellos de un lado de la mesa, otro inclinado sobre el hombro de quien estaba sentado en el centro y sostenía la pluma para rubricar el manuscrito que tenía en sus manos. Su forma de vestir era la de hombres ilustrados, con ropa de vivos colores, de seda, por lo que alcanzaba a filtrar la luz que iluminaba la escena.

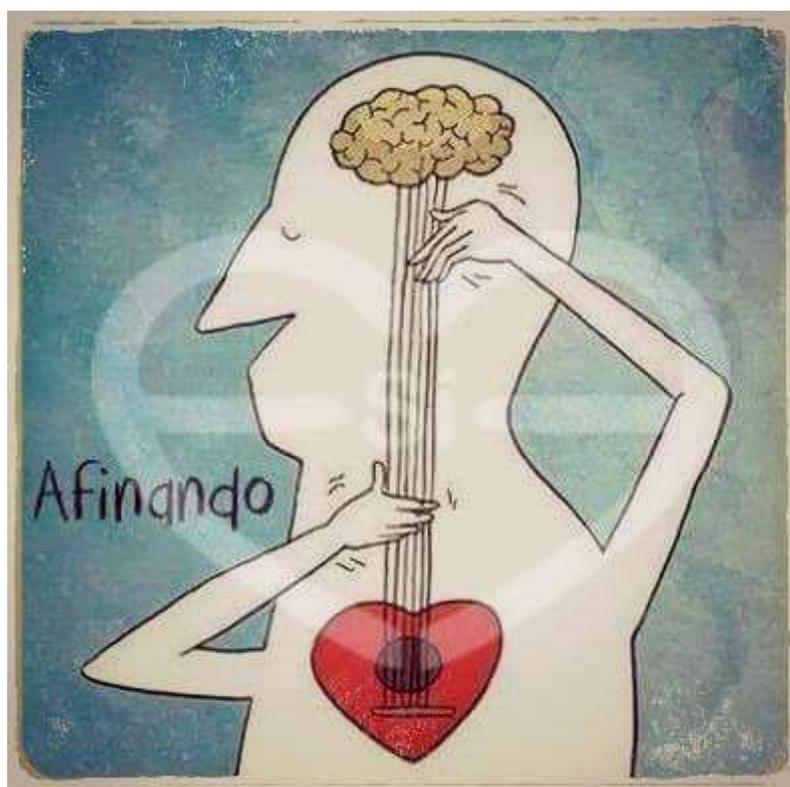
El momento, entonces, era apremiante, y el asistente comprendió que el documento significaba alguna declaración republicana que seguramente querían publicar para sublevar a las gentes en contra del dictador. Conocedor de su capacidad y eficiencia, pasó imperceptiblemente por detrás de ellos, luego se inclinó con destreza y dejó que la gasolina emanará de la pimpina y fuera inundando suavemente el piso alrededor de los confabulados sin generar ninguna señal de alerta, y llegado ese momento, de una forma fulminante encendió la cerilla para que las llamas irrumpieran y se alzarán como bestias devoradoras sobre los revolucionarios.

Aun así, permaneció lejos de ellos presenciando como sus rostros se desfiguraban por el fuego, luego escuchando voces que venían de afuera y pedían auxilio para controlar el incendio, salió con la misma habilidad de una pantera y buscó la salida por el patio de atrás del edificio, imaginando la cara de satisfacción del tirano, cuando le informará que había quemado la última pintura de la firma de independencia.

Francisco Cortés Ramírez

Visite la web del editor escritordaniel.es

Página 30 Visto en redes



Un maníaco salpicó un fajo de dinero con un fuerte veneno, y lo donó a un orfanato. Murieron 12 diputados, 2 alcaldes y 1 ministro. Ningún niño fue dañado.

—Paco, ¿por qué lloras?
 —Pili, recuerdas cuando tu padre me amenazó con casarme contigo o pasar 20 años en la cárcel?
 —¡Sí...! ¿Y...?
 —Hoy habría salido Pili, hoy habría salido... :(

Una fracción de vida eterna

Aún no puedo asimilar todo lo que ha ocurrido hoy. Había ganado el mundo en una hora y lo había perdido en un minuto. En ese cobertizo, hacía apenas unas horas, nos habíamos tenido el uno al otro, unidos y deseosos. Pero ya está. Todo queda en esa fogosa hora. El mundo se detuvo a nuestro alrededor. Nada importaba entonces. Sólo el disfrute de nuestros cuerpos gozosos y sedientos de amor. Pero ya nunca más volveré a verlo.

Ese cobertizo será el nido de nuestro amor, pero también de nuestro dolor. Un amor fugaz, unos minutos de desconexión del mundo y unión de dos almas gemelas que dudaban en encontrarse. Un amor que en realidad llevaba más tiempo rondándonos. Pero teníamos miedo. Miedo al qué dirán. Miedo a si lo que sentíamos era verdadero o fruto de la soledad. Miedo a arriesgarnos. Miedo a perdernos sin apenas habernos encontrado. Miedo a mi padre. Pero esta tarde fue el clímax de tanta espera, deseo y sufrimiento en silencio. Y entre herramientas de campo, gallinas cacareando y balas de paja, nos fundimos en uno. Nos besamos, acariciamos, experimentamos con nuestros cuerpos, como tantas veces habíamos soñado. Se sentía todo tan real. Tan mágico. No nos quedó cuerpo para saborear. Nos dejamos llevar por la pasión y las ganas de tocarnos y sentirnos el uno al otro. El momento en el que me acarició la mejilla supe que mis sentimientos eran verdaderos. Que lo amaba con toda mi alma. Un escalofrío de deseo recorrió mi cuerpo, mostrándose al momento en mi parte más íntima. Él lo notó y me sonrió con esa dulce mirada. Sus labios carnosos deseaban que mi boca los abrazara.

Y no dudé en lanzarme contra él. Noté como su boca me buscaba, me atrapaba y me hacía temblar. Nuestras lenguas bailaban al compás de nuestros espasmos. Su boca, aún no saciada de mí, bajó poco a poco, trazando un camino de deseo hacia el paraíso. Y cuando llegó a la meta final, el placer más intenso que nunca antes había experimentado se apoderó de mí. Me dejé llevar por sus movimientos lentos y sensuales. Disfrutando de cada beso, cada caricia, cada lamida... Eso era real. Decidí dar el paso yo también. Y, entre titubeos cargados de pasión carnal, bajé a jugar con él. Y lo gocé mucho. Lo sentí dentro de mi boca y jugué con él hasta que mi lengua dijo basta. Y seguimos dándonos amor hasta que mi padre nos encontró. En ese momento supe que ya no volvería a verlo nunca más.

Su olor aún me envuelve. Su gusto aún sigue en mi boca. No puedo dejar de pensar en ese eterno momento que vivirá para siempre en mi mente. Una fracción de vida eterna. Tal vez volvamos a encontrarnos, en otro tiempo, en otro lugar...

Judit Alcántara Casals

**Visite la web del editor
escritordaniel.es**



Detrás de cortinas azules y amarillas (I)

Katerina Frías

Prólogo

Esta colección de relatos explora temas universales de amor, pérdida, redención y descubrimiento personal a través de historias conmovedoras, todas unidas por el mismo hilo azul y amarillo: su origen ucraniano. Detrás de cada historia cotidiana, está el trasfondo de una guerra que, de una u otra forma, ha afectado la forma de amar, vivir y tomar decisiones. A través de personajes vívidos y narrativas envolventes, los lectores serán transportados a distintos escenarios, encontrando en cada uno una profunda reflexión sobre la vida y las experiencias humanas.

Katerina.

EL ORIGEN DE TU MADRE

Querido Samuel, desde tu nacimiento, la palabra que más has escuchado acerca del país de origen de tu madre seguramente ha sido "la guerra". La verdad es que tres años antes de que vinieras al mundo, mi querido Donbass, mi tierra natal, ya había sido saqueado y secuestrado por un "amable" vecino, cuyo idioma siempre fue mi única lengua materna. Durante mi infancia, me sumergía en su cultura

y literatura, adaptándolas como si fueran propias.

A veces me preguntas por qué, siendo ucranianos entre nosotros, hablamos ruso. Si son ellos, los vecinos orientales, los que nos arrebataron la tierra de nuestro origen, dejándonos sin identificación y sin hogar. Sí, Samuel, es complicado, pero la relación entre Ucrania y Rusia es un infinito relato de amistad y traición, ambición y dolor, cariño y odio. Sin embargo, el milenio de la historia ucraniana, aunque lleno de conflictos bélicos, ofrece mucho más que la simple confrontación entre estos dos estados eslavos.

En lo que respecta a mi identidad, al igual que tú, no me siento completamente ligada a ningún círculo cultural o social específico. Me identifico con Europa, con una sociedad cosmopolita, ya que en mis venas corre la sangre de varios pueblos europeos, y en las tuyas se añade también la española. En casa, hablamos cinco idiomas diferentes y, a veces, se te hace difícil determinar si eres español, alemán o ucraniano. Así soy yo, tu madre: ucraniana de espíritu, con formación alemana y con España en mi corazón, políglota, pero sin un idioma materno definido, cosmopolita por necesidad, con una raíz arrancada de su tierra. Para que puedas comprenderlo mejor, te contaré mi historia junto con la de mi familia y mi país: la historia de nuestro origen ucraniano.

Mi viaje hacia la vida adulta comenzó hace dos décadas, cuando, siendo apenas una joven, dejé mi querido Lugansk. No sé exactamente cómo ocurrió, pero después de vivir diecisiete años en una ciudad donde solo se hablaba ucraniano en una cadena de televisión y los profesores del colegio manejaban su idioma nacional con un

vocabulario ucraniano-ruso en la mano, milagrosamente floreció en mí la identidad ucraniana. Quizás la genética tuvo su influencia, ya que recuerdo que mis bisabuelos nunca dejaron de usar su dialecto ucraniano oriental en los pueblos, como en los tiempos pre-bolcheviques. De cualquier manera, al mudarme a capital para estudiar en la universidad me sentí completamente en mi entorno nativo. A principios de los años 2000, Kíiv experimentó un renacimiento de la cultura y el idioma nacionales. Los jóvenes universitarios practicamos el ucraniano en los cafés, sintiéndonos como los intelectuales patriotas que habitaban esta ciudad casi un siglo atrás, antes de la usurpación soviética.

Pronto, durante la Revolución Naranja, llamada así por el color de la oposición, que tuvo lugar en la Plaza de Maidan - el eje de varias protestas civiles a lo largo de la historia de Ucrania -, mi afiliación política, junto con mi identificación nacional, quedó marcada con una cinta naranja en mi mochila de estudiante. Al mismo tiempo los poemas que solía escribir únicamente en el idioma de Tolstói comenzaron a fluir en la lengua nativa de los cosacos.

Tras vivir una temporada en Kíiv, me enfrenté a un nuevo desafío. Antes de cumplir 20 años, me mudé a Alemania, donde estaba destinada a pasar otro gran periodo de mi vida, el cual finalmente me llevó a tu padre y a ti, Samuel. Llegué a adaptarme a una vida y cultura muy diferentes a las mías, a dominar un nuevo idioma y estudiar en él, a cambiar de ciudadanía y, en fin, a enfrentar nuevamente la pregunta sobre mi identidad: ¿quién soy? Aunque tenía en mano el pasaporte de este país, nunca llegué a sentirme completamente alemana, mientras Ucrania avanzaba hacia su futuro sin contar

conmigo. Hasta que en el año 2014 ocurrió algo que dividió las vidas de todos los ucranianos de Donbass en un "antes" y un "después", recordándonos nuestras raíces y, al mismo tiempo, arrebatándonos de nuestra patria.

Entonces perdí mi hogar físicamente, dolorosamente. Aun viviendo lejos de mi tierra, me sentí arrancada de ella, flotando en el aire, sin saber dónde plantar estas raíces para que pudieran arraigar nuevamente y las flores brotar en las ramas. Pero al mismo tiempo, me sentí más ucraniana que nunca.

Lo que extraje de esta experiencia, Samuel, es que la esencia del ser humano radica en su capacidad de adaptarse a todo. Así somos nosotros, los ucranianos, líderes en resistencia y reconstrucción. Sabemos que significa perder el hogar físicamente, pero conservarlo en nuestros corazones. Hemos aprendido a reconstruir nuestras raíces en lugares donde nunca antes se había escuchado el canto del ruiseñor, como solían llamar a nuestra lengua los poetas, encontrando así nuevos hogares en tierras extranjeras y llevando con nosotros una pequeña parte de Ucrania, la cual hemos conservado en nuestro interior.

En 2014, Lugansk, la ciudad más oriental de Ucrania y mi tierra natal, se convirtió en la puerta de la invasión rusa. La caída de Lugansk fue una especie de versión "ligera", un ensayo de la guerra que vendría años después. El escenario de la conquista siempre fue el mismo, aunque cada vez más brutal y sangriento. En Donbass, probablemente debido a las características culturales de la región y a su cercanía geopolítica con Rusia, se esperaba poca resistencia, pero esta suposición sólo se confirmó parcialmente. Muchas confrontaciones

posteriores, especialmente dirigidas por los batallones de guerra de Ucrania oriental, demostraron que Donbas no era menos patriótico que el resto del país; en ese entonces simplemente no estaba preparado.

Las vacaciones de Semana Santa de ese año crucial estaban a punto de llegar y yo, como siempre, me sumergía en los preparativos de mi viaje habitual. Solía pasar las dos semanas de la Pascua ortodoxa en mi tierra, al lado de mi familia en Lugansk. Esta vez compré billetes para un vuelo directo desde Múnich, donde vivía en aquel entonces, hacia Donetsk. Mi padre me recogería en el aeropuerto y, después de un corto viaje en coche, estaríamos de vuelta en casa de mi infancia.

Pero eso no iba a suceder. Un día antes de mi viaje, el aeropuerto de Donetsk fue tomado por el ejército ruso. Más tarde se convirtió en el escenario de feroces combates, hasta que fue completamente destruido y finalmente ocupado.

Poco antes de emprender el viaje, mi madre me llamó completamente angustiada desde Lugansk. Una gran cantidad de hombres jóvenes y armados, que habían aparecido de repente en la ciudad, estaban tratando de asaltar el cuartel general del servicio de inteligencia ucraniano, con todos los empleados encerrados dentro. Con voz temblorosa me informó que había varias acciones agitativas en la ciudad y que continuamente llegaban autobuses sin matrícula, con personas de aspecto perturbador que portaban material de agitación, bates de béisbol y pancartas pro Putin. Estas multitudes luego recorrían la ciudad, gritando "Rossiya" (Rusia), dejando a los lugareños confusos y asustados. Me quedé allí, con el móvil en la mano, mirando mi maleta roja ya preparada en

la entrada de mi piso. Me di cuenta de que este viaje no iba a suceder, mientras mi mente ya elaboraba un plan para sacar a mi familia de allí. Este fue el primero de mis tres viajes a Ucrania que fueron cancelados por fuerza mayor en los últimos 10 años.

Lo que nadie sabía en ese momento era que todo lo que estaba sucediendo en Lugansk seguía un guión, una estrategia de ocupación que también se implementa en Donetsk y en Crimea y más tarde en otras ciudades ucranianas. Todo debería haber transcurrido sin derramamiento de sangre y parecer que se estaba cumpliendo la voluntad del pueblo de manera genuina. La propaganda repetía incansablemente la misma narrativa: los ciudadanos de Donbass ansiaban la estabilidad por encima de la democracia, rechazando cualquier expresión de identidad ucraniana como nacionalismo. Según esta retórica, la gente anhelaba reincorporarse al "Gran Imperio Ruso" y vivir bajo un gobierno autocrático y una mano dura.

Sin embargo, los poderosos en el Kremlin parecían olvidar que, a pesar de vivir muy cerca de la frontera rusa, seguíamos siendo ucranianos. Y es precisamente allí, en las estepas entre el Dnipro y el Don, donde nació la tradición cosaca, que encabezó la lucha por la independencia durante varios siglos. Incluso durante las décadas de ocupación soviética, la libertad seguía siendo el valor más apreciado por los ucranianos. Lamentablemente, la historia de Rusia en el Gran Reino de Moscú se enseña desde otro punto de vista... Y así comenzó la guerra de Donbass, una lucha interminable, donde el dolor de décadas de opresión se enfrenta al chovinismo de un gran poder, y ninguno de los dos puede perder.

En estos turbulentos años de guerra, me hiciste muchas preguntas de "por qué": ¿por qué empezó esta guerra? ¿Por qué Rusia atacó a Ucrania? ¿Por qué aquellos que compartían la misma raíz acabaron siendo enemigos? Son todas preguntas válidas, aunque no fáciles de contestar. Sin embargo, lo voy a intentar.

La verdad es que los orígenes de nuestros pueblos provienen del mismo pueblo vikingo que, en sus barcos, bajaron por el río Volga para fundar la ciudad de Nóvgorod, de igual manera que, en el caso de Ucrania, bajaron por el río Dniéper y fundaron Kíiv. Debido a la posición estratégica y su proximidad a importantes civilizaciones occidentales, Kíiv se convirtió en la capital de Rus de Kíiv, de la que Nóvgorod formaba parte. Con el tiempo, Nóvgorod se separó de Kíiv, expandiéndose hacia el este hasta que fue conquistado primero por los tártaro-mongoles, como casi toda la Rus, y luego absorbido por el Reino de Moscú. El Gran Ducado de Moscú creció significativamente durante la ocupación tártaro-mongola. Los príncipes moscovitas lograron consolidar poder y expandir su territorio al colaborar con la Horda de Oro y actuar como recaudadores de tributos. Esta colaboración les permitió acumular riqueza y recursos, que luego utilizaron para unificar las tierras rusas orientales y resistir el dominio tártaro-mongol. Esto marcó el inicio de la historia de la nueva Rusia de Moscovia, que ya no formaba parte de la Rus de Kíiv. A partir de allí, se separaron los caminos de estas dos futuras naciones y comenzaron los intentos de conquistar las tierras ucranianas por parte de los gobernantes de Moscú y, más tarde, del Imperio ruso, un gran reino formado por varios pueblos, en su mayoría de origen asiático. Ucrania se convirtió en un país fronterizo, un puente entre el gigante del

imperio ruso en el este y los países europeos en el oeste, acercándose a unos u otros y formando diversas alianzas para asegurar su existencia a lo largo de la historia.

¿Recuerdas cómo te leía aquellas leyendas sobre los "bogatyry", los héroes de la Rus de Kíiv, que tenían una increíble fuerza y luchaban contra los dragones de cinco cabezas que les atacaban desde las tierras del este? Estos cuentos reflejan la historia y la cultura de Ucrania, mi querido país, desde su inicio hasta hoy. Es una continua lucha por el derecho de vivir y ser libres, una historia de hombres astutos y valientes llamados cosacos, de éxitos y fracasos, alianzas y traiciones, y las águilas de dos cabezas que venían del este. La mayor parte de Ucrania está situada en un punto estratégico del mundo, en el cruce de varias civilizaciones. Siempre ha habido muchos pretendientes a este país, con vías importantes, tierras ricas y naturaleza pura.

¿Sabes qué pueblos formaron el origen de Ucrania? Pues eran "unos cuantos", como te gusta decir. Las tribus eslavas que originalmente habitaban estas tierras se mezclaron con los pueblos griegos en el sur y fueron dominadas por los vikingos que llegaron del norte. Así, los primeros "rusos" (la palabra viene del escandinavo "remadores", ya que así se llamaban los vikingos entre ellos al alcanzar las tierras lejanas en los barcos de remos) formaron el moderno pueblo ucraniano, mezclándose con eslavos, griegos, polacos, germanos, húngaros, romanos, turcos y tártaros, judíos y otros a lo largo de su historia.

En mis venas fluye tanto la sangre polaca y rumana de mi abuelo como la nórdica de la familia de mi padre, y la griega de mi abuela

materna. Procedemos de los cosacos de Don, aquellos hombres fuertes y luchadores con espíritu libre, que fueron los protagonistas de muchas obras literarias.

Recuerdo nuestras comidas familiares en casa de mi abuela, con borsch, la sopa de remolacha que tanto te gusta, y varenikes, las pastas rellenas con diferentes sabores. Mi abuelo solía cantar canciones en ucraniano, y después todos discutíamos sobre nuestras raíces.

Mi tatarabuelo, un polaco que se marchó (supuestamente a Polonia) dejando su familia atrás al comenzar la Segunda Guerra Mundial y nunca regresó, siempre era el protagonista de esas charlas. Mi madre levantaba la voz cada vez, sugiriendo que con las posibilidades de Internet podríamos encontrar a nuestros parientes polacos. Mi abuelo giraba la cabeza escépticamente, poniendo fin a la discusión: "¿Pero qué vas a encontrar? Si es un apellido común en Polonia. ¡De esos hay miles!" Luego intervenía mi abuela con una sonrisa desaprobadora: "¿A quién vas a buscar en Polonia? Tu tía decía que el tatarabuelo no era polaco, sino rumano". Y antes de que mi abuelo se enfadara por este comentario, hacía referencia a mi pelo rizado: "Eso sí, los rizos de Katia vienen de mi abuela Anastasia, que era griega". ¿Y has visto a mi padre? El abuelo podría haber protagonizado cualquier película sobre la antigua Grecia". Todos nos reíamos, y me sentía tan orgullosa de tener esos rizos griegos, que a nadie más le han tocado en la familia.

Después de que mi madre fuera sorprendida por un ataque de misiles a unos 300 metros de su lugar de trabajo y pasará la noche en el sótano de su casa, resguardándose de los ataques

aéreos, empacó rápidamente sus pertenencias y abandonó la ciudad donde había llevado una vida feliz durante 50 años. Así, en mayo de 2014, mis padres huyeron a Kíiv, donde la vida seguía siendo completamente normal y los capitalinos miraban a los recién llegados con algo de escepticismo y desconfianza. Nadie podía entender realmente lo que estaba sucediendo en el este. Muchos dudaban de los medios de comunicación, otros estaban bajo la influencia de prejuicios, pero también había quienes abrían sus puertas a sus conciudadanos, los recibían con calidez y ayudaban como podían. Todos los tiempos de crisis muestran la verdadera naturaleza de las personas, y eso probablemente siempre será así, sin importar el tiempo o la nación.

El comienzo del otoño de 2014 fue un momento dramático y, a la vez, feliz para nosotros: el bloqueo de Lugansk, que duró más de 2 meses y durante el cual no hubo forma de comunicarnos con quienes se quedaron dentro, finalmente fue levantado. Esto significaba que se restablecía la conexión y podíamos escuchar las voces de nuestros familiares nuevamente, sabiendo que aún estaban vivos. Sin embargo, también significaba que Lugansk ya no era la ciudad que solíamos conocer, ya no era nuestra ciudad. En estos dos cortos meses, fuimos despojados de nuestro hogar.

Recuerdo aquel día cuando por primera vez me llamaron mis abuelos después de meses de silencio. La conexión se había cortado a principios de agosto, dos días antes de mi boda con tu padre, Samuel. Lo primero que preguntaron fue si ya me había casado, y nos felicitaron. Luego contaron que estaban relativamente bien dadas las circunstancias y

que mi anciana tía había fallecido hace unas semanas. En aquel momento, todo lo que nos preocupaba era oírles de nuevo y saber que estaban a salvo. Bloqueamos en nuestras mentes todo lo malo, como si no tuviera importancia. Les hacía muchas preguntas sin entrar en detalles, tratando de no pensar y solo transmitirles alegría. Luego, después de colgar el teléfono y quedarme sola, permití que esas lágrimas, que durante dos largos meses habían estado presionando mi interior sin permiso para salir, finalmente se liberaran.

En aquella larga conversación, mi abuela me contó con la voz entrecortada cómo habían sobrevivido durante ocho semanas sin electricidad ni agua corriente. Los vecinos se ayudaban mutuamente, organizaban entregas de suministros desde el pueblo cercano o iban a buscar agua a un pozo público en el barrio vecino.

Cuando las batallas alrededor de Lugansk alcanzaron su punto más crítico, surgió la situación en la que los suministros dejaron de llegar a la ciudad y los comerciantes en los mercados ya no tenían nada que ofrecer. Me explicaron que lo último que se vendía eran los pollos de una conocida fábrica de aves en las afueras de Lugansk. Según ellos, a partir de entonces era la tierra nativa la que los alimentaba. Cuando, los bombardeos en el distrito "Myrnyi" ("Pacífico" en ucraniano) en agosto de 2014 se calmaron y finalmente pudieron salir al patio de su casa, los albaricoqueros y cerezos los recompensaron con una cosecha generosa. Así, mis abuelos aguantaron con los varenikes de fruta, las dichas pastas rellenas, hasta el final del bloqueo, habiendo almacenado suficiente harina, otro símbolo de la resistencia ucraniana.

Cuando empezó la invasión, mi madre intentó convencer a sus padres de huir a Kíiv con ella. Nunca olvidaré lo que mi abuelo le contestó: „estas son mis tierras y las de mis antepasados! Ni una bala me va a sacar de aquí.“ Una no, pero muchas finalmente lo hicieron. El día que se restableció la conexión ferrocarril, mis abuelos ya estaban en tren rumbo Kíiv, tras superar dos largos meses del bombardeo y la toma de su ciudad.

Cuando llegaron a Kíiv, eran solo la mitad de lo que solían ser. Habían adelgazado drásticamente, se veían más viejos, más cansados y bastante traumatizados. Me pregunto una y otra vez de qué está hecha esta generación, que ya ha pasado por dos guerras en su camino. Con su poca emotividad y su resistencia casi inhumana, siempre logran superar de alguna manera las experiencias más traumáticas de sus vidas, sacudirlas y seguir adelante con un extraño escepticismo positivo. Una generación tan fuerte como sufridora, de los que ya no hay. O sí?

En los años siguientes a la ocupación de Lugansk, la situación en las grandes ciudades ocupadas se calmó, pero en el campo, en los territorios prefronterizos, la guerra nunca cesó. Los extraños que llegaron desde el verano de 2014 se establecieron en nuestras casas con sus familias. Se introdujeron el horario ruso y una nueva moneda, surgieron nuevas leyes e incluso un órgano judicial, pero no hay justicia. Mi ciudad sigue viva, pero esta aterrorizada, deprimida, agotada. Y así se sienten sus habitantes. Algunos se han resignado a la nueva situación, otros creen que todo mejorará necesariamente ahora. Muchos ya han perdido esa fe y viven en un estado de decepción. Pero todavía hay quienes se aferran a su esperanza y

continúan luchando, en silencio, con cautela, pero decididos, cada uno a su manera.

En el siglo pasado, Samuel, Ucrania cayó totalmente bajo el dominio ruso, hasta lograr su independencia en el año 1991, cuando yo tenía más o menos tu edad. Durante casi 80 años nos sometieron a un proceso de "rusificación", es decir, nos obligaron a hablar ruso y adoptar la cultura moscovita como si fuera la nuestra propia. Solo mis bisabuelos mantuvieron el ucraniano hasta el día de su muerte. Mi bisabuela lo utilizaba en casa con su familia, y luego en la calle, hablaba más en ruso. Se notaba que hablar en su idioma nativo era como un acto secreto, algo que solo se realizaba en el ámbito familiar.

En Lugansk, mi ciudad natal, que está a 50 kilómetros de la frontera con Rusia, todos hablábamos ruso y aprendíamos ucraniano como un idioma extranjero en los colegios. Parece que el sistema en el que vivíamos tenía como objetivo preservar nuestra identidad ucraniana; la literatura, la música, los eventos deportivos y culturales, todo provenía de Moscú, incluyendo los políticos e intelectuales que dominaban el espacio público en aquel tiempo. Aun así, de forma milagrosa, conservamos nuestra identidad ucraniana y sentíamos muchísima más curiosidad por los países del oeste que por nuestro vecino oriental.

Recuerdo que cuando tenía tu edad, siempre que iba a casa de mi abuela, me dejaba ver un programa infantil en la única cadena ucraniana que había en la televisión. Todos los días, a la misma hora, estaba sentada en el sofá para ver este programa, que era una parte sagrada de la rutina. Y así aprendí el ucraniano. Aunque todavía me cuesta un poco hablarlo, no

recuerdo ningún momento en el que no lo entendiera perfectamente. Así crecí en este entorno dominado por Rusia, aprendiendo una lengua extranjera como si fuera mi idioma nativo, pero al mismo tiempo llevando el secreto de la identidad ucraniana guardado en mi interior.

Es esta identidad misteriosa la que hizo que, aunque nací en Donbas, la parte más rusificada de Ucrania, siendo adulta participé en el Maidan de Kíiv combatiendo con otros jóvenes de mi generación por la libertad de mi país. Allí estaba yo, una joven soñadora, tras abandonar Lugansk para siempre, con la bandera ucraniana en una mano y la europea en la otra, ambas de colores azul y amarillo, como si estuvieran marcadas por el destino. Una revolucionaria de los millennials. Luchábamos por el uso de nuestro idioma (que ni siquiera dominaba perfectamente) en todos los ámbitos de la vida y por el derecho de ser ucranianos y europeos.

Ahora lo soy, pero lejos de mi país, mientras Ucrania sigue su batalla, y sé que persistirá hasta alcanzar su meta. Ser ucraniano siempre ha significado luchar por la libertad. En Maidan, la plaza principal de Kíiv, que fue testigo de muchas vidas entregadas por su país, hay un cartel enorme que dice: "La libertad es nuestra religión". Esta frase lo explica todo acerca de nuestro pueblo, Samuel, acerca de las raíces de tu madre.

Un día, tras el inicio de la gran invasión rusa de Ucrania en el año 2022, me entrevistaron para una importante cadena de radio alemana. La entrevistadora era una periodista de unos cuarenta y pico con mucha experiencia en su campo, incluso había vivido varios años en Rusia por trabajo. Me preguntaba una y otra vez

cómo me sentía respecto a la guerra y mi situación familiar. Yo siempre respondía que de alguna manera me había acostumbrado a ello, mientras sonreía una y otra vez para evitar que las lágrimas afloraran. De repente, pensé en cómo en nuestra familia no era común quejarse del destino o incluso llorar. Simplemente aceptamos los golpes y seguimos adelante, porque la debilidad no estaba permitida, porque queríamos fortalecernos mutuamente, porque... no sé, simplemente porque somos así.

En el verano de 2016, mis abuelos regresaron a Lugansk, porque allí está su casa, allí han decidido quedarse hasta el fin de sus días. Esperaban pasar los últimos años en paz, aunque bajo la autoridad rusa. Al fin y al cabo, la mayor parte de sus vidas habían vivido bajo ese mismo poder autoritario. Pero no hay paz con ciertos vecinos. Llegó el año 2022 y cuando menos lo esperábamos, comenzó la segunda temporada de la conocida serie del terror, pero esta vez mucho más despiadada, más sangrienta. Cuando llegué a ese momento aquella entrevistadora alemana, se estaba secando las lágrimas. Entonces me di cuenta de la increíble carga que los ucranianos, mi familia incluida, llevamos con nosotros, y aún así seguimos luchando, aparentando valentía y funcionando. Hablamos sobre lo complicado que es para mis abuelos tener que seguir viviendo entre enemigos, con su hogar escondido profundamente en sus corazones. En Lugansk, nadie puede permitirse mostrar realmente cómo se siente, ya que mantener la apariencia de acuerdo con la ocupación aumenta significativamente las posibilidades de sobrevivir. Y de lo que significa para mi madre temer constantemente por su vida al emprender el peligroso viaje a través del territorio enemigo hacia Lugansk, porque sus ancianos padres

ahora necesitan cada vez más ayuda. Ella se siente atormentada por la culpa de no poder cuidarlos en su vejez.

En aquella entrevista, también surgió el tema del idioma, una cuestión muy complicada para todos los ucranianos del este y para mí en particular. Como ya te conté, el ruso siempre fue mi lengua materna, aunque me esforcé por aprender también el ucraniano. Aun así nunca llegué a dominarlo suficientemente. Al empezar la gran guerra en 2022, me negué por completo a utilizar el ruso como mi idioma de escritura. A la vez, mi vocabulario ucraniano estaba demasiado corrompido por el ruso y empobrecido después de vivir muchos años en el extranjero y utilizar otros idiomas. Todos los que ven su vocación en escribir saben lo duro que es perder su lengua materna. Convertirme en una escritora sin un idioma nativo resultó ser un gran desafío pero al mismo tiempo una oportunidad. Y estoy acostumbrada a arreglármelas con los medios que tengo, mientras estoy mejorando mi ucraniano. El alemán y el español eran lo suficientemente buenos como para contar mis historias en ellos. Y lo que pude aportar fue simplemente mi toque personal, mi alma tan puramente ucraniana y sentimental, mi mundo emocional, que expresa aún más mi esencia: una cosmopolita con Ucrania en el corazón, una peregrina del Donbass, que lleva sus raíces consigo para plantarlas allí, donde la tierra las acepte...

Hoy, Samuel, se cumplen diez años desde que dejé de pasar por mi ciudad natal. Y no sé si un día volveré. Tampoco sé si podré mostrarte en algún momento el lugar donde nací. A veces imagino a los desarrolladores ucranianos creando gafas de realidad virtual que me llevarán a mi casa o a la de mis abuelos para

poder pasar un día junto a ellos. Pero incluso entonces, probablemente nunca volveré a sentir sus abrazos, el aroma familiar de nuestro hogar.

La última vez que estuve en casa, Lugansk todavía era azul y amarillo, y los vecinos todavía eran (casi) buenos. Al menos eso me parecía. Entonces celebramos el cumpleaños de mi abuelo con nuestra sopa de remolacha y varenikes, y luego, como siempre, discutimos sobre nuestros orígenes.

Junto con esta sensación de pérdida dolorosa, siento un cierto orgullo por mi familia, tras haber vivido y superado todos los desafíos de la última década. Sin embargo, aunque haya aprendido a adaptarme a mi nueva situación, todavía extraño mi hogar de una manera peculiar. El aroma de la acacia floreciente en primavera, por ejemplo, aún me transporta de vuelta a mi patio de la infancia en el centro de Lugansk. También lo hace el sabor dulce de los albaricoques maduros, que en verano se caían de los ramos, sorprendiéndonos a quienes jugábamos en su sombra, o se aplastaban bajo nuestros pies. El olor a hojas quemadas en otoño o la frescura de un día soleado y nevado en invierno, todo esto me devuelve a casa, dándome fuerzas, llenándome de energía. Porque nuestro hogar, nuestra tierra, está dentro de nosotros. En algún lugar, en el Lugansk ocupado, que sigue siendo igual de cálido en verano y helado en invierno, en la sombra de las acacias y los albaricoqueros conservaré una parte de mi alma para siempre. Pero también llevaré conmigo, dentro de mí este sentido de hogar, el sentido de mi verdadero ser, que nadie nunca podrá arrebatar.

Mis tierras se extienden por las estepas infinitas entre el Dniéper y el Don, donde el aire

sopla sin cesar durante todo el año. Tal vez el secreto de nuestro origen se esconde en estas tierras, que, al ser tan salvajes y ásperas, solo se dejan dominar por los cosacos con un espíritu tan soberano como el viento. Cuando pienso en Donbas, veo los campos dorados de hierbas quemadas, el cielo grande y abierto y la vista libre hasta el horizonte. Es un paisaje casi idéntico al de la Castilla rural, con sus temperaturas extremas en verano y frío profundo en invierno. La única diferencia son las escombreras de minas, que rompen el horizonte infinito de esta zona, dándole un toque muy específico y recordándonos del tesoro de estas tierras escondido en sus entrañas.

Los minerales naturales, que tienen un valor económico y utilidad para diversos fines industriales, tecnológicos o comerciales, son una razón más, aparte de su significado estratégico, por la continua lucha por estas tierras. Esta riqueza subterránea también ha afectado a nuestra familia, Samuel. La minería y la construcción de diversas fábricas en Donbas dieron un carácter industrial a toda la zona, convirtiéndola en un motor económico e industrial del país. Tus abuelos y bisabuelos son mineros, ingenieros de minas, financieros, banqueros y comerciantes, todos marcados por las necesidades de la región, los que me dieron a mí la oportunidad de estudiar, viajar y conocer el mundo.

Nuestro origen se teje con hilos de diversos pueblos europeos, creando una mezcla colorida y diversa que también ha moldeado mi propia identidad. Para mí, Ucrania representa ese pluralismo europeo, algo natural para un país surgido en la encrucijada de caminos, en la intersección de civilizaciones. Los griegos y los vikingos transitaron por Donbas, los caballos

cosacos lo recorrieron, los judíos lo llamaron hogar, mientras que alemanes e ingleses lo construyeron y asimilaron, dejando una huella indeleble y contribuyendo a formar una comunidad ucraniana cosmopolita.

Un día, estoy segura la guerra acabará y conocerás el país de tu madre, agotado pero fuerte, sufrido, pero mas sabio, imperfecto pero increíblemente auténtico. Y te sentirás orgulloso por tener esta parte dentro, porque a pesar de lo difícil que es ser ucraniana, yo también lo estoy.

Después de vivir en varios países y empaparme en culturas diferentes, reflexionar sobre mis raíces y mi identidad, te dejo aquí una pequeña parte de mi, para que *tu ya* sepas de dónde vienes y no tengas que buscar, Samuel, mi pequeño hijo mitad castellano y mitad cosaco, nacido en las tierras germanas.



Trazando Caminos Manuela Escudero

En el corazón de Galicia, donde los susurros de los árboles centenarios se entrelazan con el viento y el rumor de los ríos, María aguardaba con su sonrisa cálida y sus ojos llenos de luz la llegada de un nuevo peregrino: César, un hombre envuelto en una capa de arrogancia y desesperación. María, guía del Camino de Santiago desde hace más de una década, conocía cada piedra, cada sendero y cada suspiro de aquel camino mágico y ancestral. Cuando César, con su mirada distante y su paso vacilante, puso un pie en el sendero de tierra batida, María supo que aquel encuentro cambiaría sus vidas de formas inesperadas. Día tras día, kilómetro tras kilómetro, María y César caminaban juntos, compartiendo silencios y confianzas, risas y lágrimas. Con cada paso, María iba desentrañando las capas de dureza y dolor que envolvían el corazón de César, curando sus heridas físicas y emocionales con su ternura y sabiduría.

En las noches estrelladas, bajo el manto protector de los árboles milenarios, María y César se entregaban al ritual sagrado de la escucha y el entendimiento mutuo. César, que había llegado al Camino en busca de un amor perdido, encontró en María un refugio de paz y comprensión, un espejo donde contemplar su verdadero yo. Y así, entre susurros de hojas, cantos de pájaros y suspiros de brisa, María y César avanzaron juntos hacia la meta final, Santiago de Compostela, donde el apóstol aguardaba con los brazos abiertos para recibir a los peregrinos fatigados y redimidos. Al llegar a la majestuosa plaza de la catedral, María y César se fundieron en un abrazo sincero y profundo, donde se entrelazaron el agradecimiento y la transformación, la gratitud y la renovación. En aquel instante mágico y eterno, César supo que no solo había llegado a Santiago, sino que también había alcanzado un nuevo comienzo, un renacimiento del alma y del corazón. Y así, con el eco de sus pasos resonando en las viejas piedras del camino, María y César se despidieron, llevando consigo el regalo del amor, la amistad y la esperanza, sembrando semillas de luz y belleza en cada rincón del Camino de Santiago, donde los milagros acontecen en cada latido del corazón de los peregrinos que se atreven a caminar en busca de la verdad y la redención.

Un instante

Hay un momento solitario, uno falto de todo y casual, en el que las imágenes, ideas o sensaciones se nos revelan de una forma privilegiada. Paloma adoraba esos momentos solitarios y casuales. Se agarraba a todos, se perdía encantada en ellos y, después, los dejaba pasar. Esperaba el siguiente, que llegase cuanto antes. Los necesitaba, a todas horas. Eran perfectos para huir y pausar el correveidile de pensamientos insistentes y repetitivos, que la apabullaban día y noche. Perfectos. Bastaba, para ella, agarrarse a la casualidad excéntrica de una imagen y cerrar los ojos. Tocase donde tocase. Desaparecer. Un instante, un lugar libre, alejado de todo, sin prejuicios ni pesos ni conciencia ni pasado. Un instante, largo como un suspiro, con miles de detalles que olvidaba al despertar. Se enredaban en lo más profundo de su mente, confundiéndose y esfumándose; quedándose el consciente aturdido en sus extremidades nerviosas, como cuando las cosas pasan con extrema rapidez y no somos capaces de explicar nada, porque todo desaparece antes de que la razón lo interprete. Pero no se pierde. Algo se queda guardado en retaguardia.

Para Paloma, olvidarse de todo, en medio de un mundo imparable al que no sabía interpretar, no le importaba lo más mínimo. Lo único importante para ella era cerrar los ojos; soñar fuera del mundo. Tranquila. Como hoy. Perfectamente sentada, en el autobús de vuelta, del lado del pasillo. Nadie se había dado cuenta de que dormía. Paloma abrió los ojos, cuando la grabación anunció la parada. Tenía el cuerpo alerta, asustado. El pasajero, que esperaba sentado al lado de ella, le hacía señas para bajar. Se apartó y ocupó su asiento.

Todos los días, se hacía la línea cuarenta y cinco entera para ir a sus clases de baile. Atravesaba la ciudad. Le gustaba ir pegada a la ventana. Cuando no conseguía perderse en su cabeza, se perdía en las miradas de la calle, ensimismadas y ausentes de todo. Se fijaba en los pasos, en el ritmo asonante, casi virgen, de los cuerpos. Se divertía imaginándolos al son de alguna coreografía. Uno para adelante, otro y otro, otro más y éste para atrás. Uno para adelante, otro y otro, otro más y éste para atrás. Uno para adelante, otro y otro, otro más y éste... y, de pronto, no hubo más pasos, ni hubo más miradas. Dejaron de existir. Paloma no había cerrado los ojos. Un golpe tremendo acababa de romper el espacio, dejándolo en un estado de suspensión obligada de la que era imposible escapar. El mundo se doblaba. Paloma y los demás pasajeros parecían hincharse, con sus olores y sus ruidos, dentro de un tiempo sordo, casi vacío, hasta que algo enorme fue a caer contra el asfalto. Enseguida, se sumaron otros golpes que arremetieron en cascada contra el techo del autobús. La chapa se hundió instantáneamente. Después, sólo hubo silencio. Un silencio tirano que presionaba a los tímpanos. Luego, un grito. Uno sólo, un cúmulo de vibrato desesperado, que huía de una de las gargantas allí hacinadas, para escucharse, para reconocerse. Para saberse vivo. Paloma quería gritar también. Abría la boca. Los demás querían gritar también. Abrían la boca. La abrían con ganas, pero los gritos no salían. Se ahogaban antes, como ellos, que esperaban agazapados dentro de sus ropas, como avestruces. Ninguno miraba a su alrededor, ninguno se atrevía. Tenían sus cabezas escondidas dentro de un agujero común e invisible, un agujero sin tiempo.

Las sirenas no tardaron en aparecer, devolviéndoles todas las cuentas mezcladas, segundos que eran minutos y minutos que parecían horas. Varios bomberos aporreaban las puertas y las ventanillas. Los llamaban a voces. Insistían. Paloma apretó los ojos. Los apretó con fuerza. Los apretó hacia dentro.

Buscaba esa voz en su memoria. No la aguantaba. Era insoportable. La enloquecía. Se removía en sus tripas. Le agarraba el estómago. Se lo retorció. ¡Uno para adelante, otro y otro, otro más y éste para atrás! Gritaba como loca. Por fin gritaba. Gritaba por encima de los gemidos y de los demás gritos. Gritaba por encima de los golpes de afuera. Gritaba. Y entonces, un mundo entero regresó a sus ojos. Las imágenes se acumularon, esparcidas por todas partes. Los sonidos. Los olores. El coche, su hermano, el paso de cebrá, el asfalto, la sangre, un hombre, los cristales, la bici, los gritos y esa voz, de fondo, incomprensible y repetitiva. Y, de nuevo, un hombre, los gritos, el asfalto, la sangre, su hermano, las ruedas, el paso de cebrá, la bici y la voz y el guardabarros y el asfalto, la sangre rota y los gritos y su hermano y ese hombre y otra vez el asfalto, la sangre, su hermano y ¡esa voz!

Paloma salió como pudo. Tenía que salir. Quitarse esas imágenes y sonidos de los ojos. Se deshizo del asiento, arrastrándose por encima de los cuerpos, amontonados y moribundos, por encima de los gemidos y de la sangre; sangre, por todos lados. El conductor tenía el cuello torcido. Le colgaba la cabeza. Desde afuera, alguien había conseguido romper la luna. Estaba todo lleno de cristales. Cogió uno y lo escondió.

Al salir, buscó la voz. Era enorme, parecía que fuese a coger el autobús con sus manos. Paloma se lanzó a por ella. Y, lentamente, la voz fue cayendo, agarrándose a su cuello, retorciéndose, sin poder hablar.



MOFRED

Libro

Libro...amigo, compañero,
compadre de soledades,
alma de hijo y de padre,
dador de buenos momentos.

En tus hojas blanco y negro
se encuentran los personajes
que nos dan el alimento
para portar nuestro traje.

Fuente de emoción, tormento
del tedio y valor de las tardes
entregadas a tus cuentos:
llanto y risa sin precio.

Libro amigo, compañero,
secuencia de la imaginación
y portador de prosas y versos:
quien te lee o te escribe es autor
y en tus paginas revive.

**Daniel
Collado
Azorín**

